

JOSE MARIA SANCHEZ B.

SHUMIO-ARA

(CUENTOS DE BOCAS DEL TORO)



RES.

Panamá, 1948





SHUMIO - ARA

(En lengua Teribe: mucha lluvia. Se refiere a la región de Bocas del Toro).



JOSE MARIA SANCHEZ B.

SHUMIO - ARA

(Cuentos de Bocas del Toro)

Prólogo de
RODRIGO MIRO

Viñetas de Olga Sánchez,
Luis Alberto Franco y Conte Porras.

Panamá, 1948

Publicaciones del Departamento de Cultura y Publicaciones
del Ministerio de Educación.

Es propiedad del autor.

*JOSE MARIA SANCHEZ B.
Y EL CUENTO REGIONAL*

For RODRIGO MIRO



Con la publicación de este volumen el Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación, que con tanta voluntad de trabajo dirige el Profesor Bonifacio Pereira J., no sólo agrega un título a su programa editorial, sino que acierta de modo rotundo al par que hace justicia. Porque la obra de José María Sánchez ofrece características que justifican y hasta aconsejan su divulgación.

A José María Sánchez se le ha considerado, en más de una oportunidad, cultivador del cuento regional, aunque sin aducirse razones ni señalar la importancia del hecho. () Es que en torno a la novelesca panameña está por cumplirse la tarea de ordenamiento y exégesis que su volumen y contenido solicitan. La deficiencia afecta todos los órdenes de nuestra literatura. Sin embargo, en lo que concierne a la expresión novelesca llega a sus extre-*

* Véase Ruiz Vernacci, Enrique: *Introducción al Cuento Panameño*, en el N° 6 (Segunda Epoca) del Boletín de la Academia Panameña de la Lengua, de Agosto de 1946. Pág 39. Y Díaz Blaitry, Tobias: *José María Sánchez* (Apuntes crítico-biográficos), prólogo a los TRES CUENTOS de Sánchez publicados por la Biblioteca Selecta en su entrega N° 9, de Septiembre de 1946.

PROLOGO

mos. Ciertamente, se habla de cuentos del campo y cuentos de la ciudad. Empero, la referencia a esas dos grandes zonas de inspiración temática nada resuelve. Dentro del uno y otro sector caben multitud de maneras que exigen una más estricta evaluación. No obstante, una falsa crítica se ha empeñado en confundirlo todo. Y en su apresuramiento tiende a identificar lo campesino con lo autóctono y vernáculo, con el costumbrismo y lo regional. Como si a la literatura de raíz urbana le estuvieran vedadas manifestaciones de ese tipo. Por otra parte, lo novelesco propiamente tal se mezcla con escritos que no superan las lindes de la crónica y el relato. De todo ello resulta un panorama literario asaz enmarañado.

* * *

Con José María Sánchez aparece, por primera vez en Panamá, el cuento regional (1). Circunstancia que lo distingue y singulariza, que da sabor y médula a su aporte, fidedigna versión de la peripezia de su provincia, Bocas del Toro. Tierra selvática y montañosa, cruzada de ríos caudalosos, asomada al Atlántico, de temperamento caliente y mucho llover, encarna el clima que los geógrafos llaman Tropical Húmedo de Selvas (2). Complementan y confirman su tipicidad regional la

(1) En el año de 1945 un panameño que conoce y siente el país como pocos— el Bachiller Carrasco— se nos reveló, asimismo, cuentista regional. Son excelentes sus cuentos de ambiente darienita.

(2) Véase RUBIO, ANGEL: *Atlas Geográfico Elemental de Panamá*. Edición Oficial. Ministerio de Educación. Editora Panamá América, S. A.—Noviembre-Diciembre 1947, Pág. 32.

PROLOGO

naturaleza de su población, donde el negro de origen antillano es cifra dominante, y el carácter de su economía, determinada por las actividades de la United Fruit Company. Brinda, pues, Bocas del Toro, los rasgos propios de la región en grado que no encuentra equivalente en todo el ámbito nacional. Lógico, entonces, que la literatura nutrida de esos jugos aflore con acento impar. Sobre todo si tenemos en cuenta que se trata de un mundo desconocido para la mayoría de los panameños, sin vinculaciones sensibles con la vida normal del país. De ahí la significación especial de la obra de Sánchez; porque la literatura es una forma de conocimiento, y en virtud de esa literatura empezamos a vislumbrar el perfil de aquel sector de la República.

Ahora bien: hacer literatura regional no es gracia exenta de riesgos y limitaciones. Lo que determina, en última instancia, la región, es el hecho geográfico. Sus particularidades influyen en la formación y la conducta de los factores culturales. Lo cual supone tiempo, un lento madurar. (El llanero venezolano, verbigracia, fué producto de un proceso centenario.) Cuando así no ocurre, el hombre, mero transeúnte, circula por la región sin comprometerse con ella, subsiste un poco extraño y ajeno a su intimidad. Pierden magnitud los hechos humanos, se afirma lo telúrico por doquier. Es el caso de Bocas del Toro, territorio de historia ánguida, escasamente poblado. Las consecuencias, para el novelista, son graves; porque le niegan el aprovechamiento pleno de un material inestimable —las relaciones humanas son el tema novelesco por excelencia—, ejerciendo una suerte de coacción que le obliga a buscar en el paisaje la sustancia casi única

PROLOGO

de su arte. A falta de un denso fenómeno humano, ha de recoger las sugerencias del contorno.

Las ficciones de José María Sánchez no escapan a esa fatalidad. Sus personajes humanos actúan en función de lo biológico, movidos por intereses primarios, elementales. Son esclavos del apetito sexual, criaturas apenas sostenidas por la necesidad de sobrevivir. Desempeñan un papel subsidiario dentro del ambiente, lo mismo que el árbol, igual que la bestia. La obra toda de Sánchez es fruto natural de la tierra, y nos llega con la ineluctable seguridad con que crecen las selvas, discurren los ríos, cae la lluvia o se desata el huracán. En ese sentido, es radicalmente panameña; hasta en sus defectos, que son exuberancia y exceso de espontaneidad. Nada hay allí previo ni foráneo. Y es la menos literaria de las obras que ahora se nos ofrecen. Ocurriencia comprometedora. Porque literatura quiere decir aquí elaboración, quehacer consciente, técnica; esto es, lo que en Sánchez advertimos todavía oscuro e indefinido. Sánchez escribe presionado por impulsos que lo avasallan. No ha logrado dominar la fuerza que gobierna su conducta de escritor. Y tendrá que subyugarla si algún día va a darnos la novela que esperamos de él.

Esa preponderancia del contorno, a que antes aludía, esa constante presencia del paisaje, verdadero personaje central, constituyen el atractivo mayor de la obra de Sánchez, y el fundamento de su regionalismo. Lo literario regional se apoya en la continua referencia al contorno. Gravamen que el costumbrismo puede eludir. El uso, la costumbre, permiten su tratamiento escueto, abstracción hecha de lo espacial. El paisaje, en cambio, hay que

PROLOGO

mostrarlo, así sea interpretado: no cabe otro recurso.

No quiere decir todo lo expuesto, sin embargo, que los tipos humanos de Sánchez carezcan de interés. Sus contingencias alcanzan a veces efectos dramáticos de gran intensidad, como aparece en La Muerte de Nicanor. O aristas jocosas de tan difícil manejo como en el caso de El Monteador. O la salvaje jactancia de Sibube, El Indio Enamorado. Pero se urden siempre en torno a motivos elementales que no tienen la complicación de lo específico humano.

Hay, además, en los cuentos de Sánchez, otras facetas que conviene señalar. Confirmando esa capacidad para sentir lo telúrico que yo creo su signo, está su intuición de la vida animal y vegetal, circunstancia que lo emparenta, en lo novelística del continente, con Horacio Quiroga, el formidable cuentista uruguayo. Testimonio de su simpatía humana son, por otra parte, sus tentativas encaminadas a sondear la psicología del negro bocatoreño, contumaz oficiante de rituales mágicos, mordido por temores ancestrales. Lo intenta en Claroescuro del Bananal; está a punto de lograrlo en Pueblo Puerto. Y dominando todo su periplo, ese poderoso aliento lírico y romántico que da calidades poéticas a su labor. (3)

* * *

Este volumen recoge casi completa la obra de Sánchez, y abarca un período de diez años. A pesar

(3) En su trabajo antes mencionado, Díaz Blaitry se refiere a Sánchez como poeta, aunque en otro sentido.

PROLOGO

*de que su desarrollo implica un progreso evidente,
el conjunto conserva una fuerte unidad.*

* * *

José María Sánchez nació en Solarte, pequeña isla vecina de la del Drago —allí funcionaba un Hospital de la United—, el 25 de Julio de 1918. Hizo estudios primarios en San José de Costa Rica, de donde era su madre. Recibió educación secundaria en el Instituto Nacional, que le graduó Bachiller en Letras en 1938. Antes se había iniciado como cuentista, en las revistas estudiantiles. El año de 1939 ingresó a la Universidad, pero tuvo que volverse a Bocas del Toro, reclamado por obligaciones familiares. Trabajó entonces en las fincas que en tierra continental poseía su padre, rico empresario y comerciante del lugar. Así acumuló parte de la experiencia que luego nos mostraría en sus cuentos. Muerto su padre, José María Sánchez regresó a la capital, a continuar estudios de Derecho en la Universidad.

Panamá, 20 de Enero de 1948.

NADA



Cuando se asomó a la puerta, la lluvia tendía una cortina en el fondo irreal de la loma. Los árboles comenzaban a oscurecer.

Llena de angustia, trató de penetrar la tristeza del paisaje. Cerca, el río brincaba, encabritándose en el recodo. Nada. Sólo, a veces, la sombra fugitiva de un tronco sobre las aguas turbulentas.

De regreso, a la luz del fogón el cuerpo dibujó una figura grotesca. Caminaba con lentitud, meciéndose como hamaca. Se acomodó en la cama haciendo un gesto infantil de miedo.

La voz de la india le hizo volverse, sobresaltada:

—Tonta! No tengas mieo. Yo'a tenío muchos.

Afuera, el rumor de la creciente se metía por todos los rincones de la noche. Los árboles de las orillas se empinaban a la defensiva, templando los cables nudosos de las raíces.

* * *

Con el alba el marido había salido en busca de la comadrona. La dejó con la certidumbre de que

JOSE MARIA SANCHEZ B.

el alumbramiento vendría en cualquier momento. Después, llovió torrencialmente y tuvo el primer dolor. Casi cae de rodillas. Un poco asombrada se agarró el vientre, pugnando por ahogar el grito que le hervía desde muy adentro. Aquello pasó pronto. Salió al patio. Al otro lado del río una india lavaba bajo el aguacero. Llamó. La mujer no oía, ensordecida por el ruido parejo de la lluvia. Llamó desesperadamente hasta enronquecer. Fué en vano. Desalentada regresó al rancho y se acostó con las ropas mojadas y los pies llenos de lodo. Casi todo el día hiló con prisa una plegaria. Tenía los labios hinchados a fuerza de refrenar la mordida de las entrañas. Atardeciendo hizo tregua el aguacero. Volvió a salir. Aún estaba la india lavando. Llamó. La mujer levantó la cabeza. Cruzó el río y subió al rancho. Juntas continuaron repasando la madeja interminable de la oración. No, ella no tenía miedo. Al contrario; se sentía feliz. Solamente quería que el marido estuviera presente a la llegada del hijo.

De pronto escuchó con atención hacia el bajo. El acento bronco del río subía, incontenible, la loma, arrastrándose pesadamente, con dirección al rancho. La hendidura de la puerta adelgazó ese sonido amenazador, ese soplo siniestro, semejante a una brisa húmeda que barriera el piso, subiendo al jorón y el plano tibio de las cañas-jiras. El fogón, inquieto, estrujaba sombras en la pared.

Un crujido de árbol cambió la queja dramática del río. Se sintió un griterío de piedras que ruedan. Las piedras, locas, salpicaron choques. Los choques saltaron al cuarto, se hundieron en los oídos. Era ella una piedra rodando sobre abismos

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

roncos, o era ella el centro de un choque de peñas y alaridos? Así rodando, rodando, se descuajaron las caderas. El cuerpo se transformó en un solo, inmenso nervio retorcido. Se hizo más tirante y le llegó, pobrecita, una oleada de sonidos como campanadas. Luego del sonido quedó solamente el dolor. Del dolor, una carne prieta y rojiza de cholo recién nacido. Lejos, a una distancia inasible, se desvaneció la caravana de piedras que ruedan. Las carnes, cansadas, se apaciguaron. Sobre el techo mordía con rabia el aguacero.

* * *

En la madrugada la puerta se abrió. El hombre, agarrotado por el frío y la fatiga, se acercó a la cama. Habló y el tono de su voz traslucía pesar, remordimiento:

—María, pobrecita. El río ta creció!

Ella volvió la cabeza y sonrió al ver el gesto de su cara. Fué que se quedó mirando el pequeño bulto que yacía a su lado. Mirándole en los ojos le dijo:

—No fué na'a. Naa'ita.

El viento, madrugador y huraño, rascaba la nuca áspera del caña-blancal.

1937.





SIBUBE,
EL INDIO ENAMORADO



El grito interpuso una pendiente. Sobre ese vacío se desprendió el sueño maduro del muchacho, dando tumbos y desperezos.

—Sibube! Levántate.

Poco a poco se incorporó, luchando a brazo partido contra el cariño tibio del lecho. Se llevó las manos a los ojos, hurgándose en vano el rollo pegajoso del sueño. Las manos volaron de los ojos al cuello y sonó un chasquido seco. Lleno de repugnancia se limpió los dedos en el pantalón, regando el olor dulzón del chinche. Afuera, en el alba, se levantaba el canto limpio de los gallos.

Al bajar la escalera, perdieron los pies el ritmo de los escalones y se precipitó con estruendo sobre los puercos del tambo. Uno, pequeñito y chillón, huyó cojeando.

—Indio bruto, dormilón!

Siempre, siempre la condenada voz de la cocinera, hablando sin ton ni son, destruyendo con su voz aguda las últimas sobras del sueño, inconsciente de su crueldad. Aún tiene fresquita la

JOSE MARIA SANCHEZ B.

sensación de contentic. Estaba soñando con el rancho de sus padres, allá en las vertientes del Palenque. Recuerda y vé la cañada, al lado de la casa, estirada en una pendiente suave, de hojas ásperas que reflejan la luz del sol. Más abajo, el río cantón y blanco. De rato en rato llega el viento a sobar los montes, los frijolares. Al lado mismo del rancho, un guayabo cimarrón, altísimo, dispara a cada instante los perdigones verdes de los loros, que allá en los montes vecinos se encargan de distribuir el regalo de su gozo temprano. Pero en el corredor, está la vieja condenada. Hablando. Hablando.

Soltó las gallinas, distrayéndose en el regocijo hambriento de las aves. Volvió la cabeza al lado del potrero, atraído por el llamado largo de un toro. Recordó la leche de los patronos, y cuando la vieja le dió la bandeja con los vasos, la midió con la interjección corta y efectiva:

—Vieja machorra!

—Indio puñetero!

Camino del corral brota el sol. Salta los cerros y levanta el aliento del día sobre los potreros. En medio del ganado Sibube camina acariciando los lomos mansos de las vacas, los belfos babeantes que huelen a quebrada limpia. Sobre los guarumos de la cerca, el grito de las chacareras inventa pánicos tontos.

Al abrir la tranquera, los corcovos ágiles de una vaquillona le arrancan un grito quebrado que termina en saloma. Los mozos se vuelven y uno dice con intención:

—Indio y ganao que prieban sal . . .

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

Entra en la galera con un gesto hosco. Después de entregar los vasos, sube al tablado y espera en silencio. No hace mucho era imposible pensar en estarse quieto y contemplar la faena de los vaqueros. A cada instante inventaban bromas estúpidas. Esperaban a que se distrajera para apuntarle con un henchido pezón y bañarle la cara en leche, o le metían hojas de ortiga en la camisa al ir cargado con la bandeja y los vasos. Eso, claro está, sucedía antes, cuando chiquito. En aquella época se quedaba por horas y horas sentado en un rincón, pensando en su padre, en su madre, en sus hermanitos, en el hecho angustioso de que un día lo trajeron y lo dejaron en ese lugar, bajo la tutela del patrón, su padrino. Ese contemplar de las horas, sin llanto, con la carita cerrada en una expresión de animalillo salvaje, producía frente a los ojos metálicos una visión ingrave, excluida de la sustentación material, con una vaga semejanza a una charca de aceite, cuya superficie estuviera agitada constantemente por el paso de líneas concéntricas de ondas. Esas, eran muy distintas a las ondas del agua. Se movían sin descanso, pero de las orillas al centro, hasta llenar las pupilas deslumbradas de aceite y de nostalgia. Esa visión era imagen de todo su desamparo, de su humilde silencio de indio. Al principio, embrutecido de tanto pensar, aguantaba resignado la tortura de los peones. Hasta que un día aprendió solito una lección importantísima para sus diez años ingenuos y humildes. Uno de los peones le metió en la camisa una "golofa", hormiga gigante que tiene ponzoña más venenosa que las avispas. Ciego de ira se apoderó de un machete recostado en la cerca y le alcanzó a colocar dos o tres planazos al bromista. El machete le fué arreba-

JOSE MARIA SANCHEZ B.

tado y recibió un manotón que le rompió la boca. Sin embargo, a partir de ese instante, lo dejaron en paz. Así, en esa forma, comenzó por primera vez a valorar y a pesar en sus múltiples aspectos el concepto del respeto, el cual se basa exclusivamente en el temor que uno puede inspirar a los demás.

Bajó del tablado y recogió la bandeja con los vasos rebosantes. Cerca de la casa se entristeció poco a poco, al sentir la risa de Mariana, la hija del patrón. Recordó, lleno de dolor, que ese día se ausentaría por muchos años.

De golpe le vinieron los detalles de esos meses, menos trabajados, menos tristes, menos solos. El patrón le asignó como deber, durante esas vacaciones, que acompañara a su hija en los paseos a caballo. Con ella aprendió a gozar sin reservas de los hechos más pueriles, y era verdaderamente feliz recorriendo en su compañía los potreros, los playones reverberantes, hirsutos de caña brava. Librándose del peso de su hermetismo, hablaba sin cansarse de su niñez brava, huérfana de toda suavidad, como cuando tenía la responsabilidad de acompañar a su padre a pescar en los esteros del mar, en la desembocadura de los ríos. Pasaban ante los ojos atentos de la niña escenas emocionantes. Una canoa, un chiquillo en la popa palanqueando en silencio, el padre que sacude como un rayo el brazo y arponea un sábalo nadando en la noche entre torbellinos de espuma. Entonces se hace necesario andar de prisa en la izada del pescado, porque llega la tintorera, o la baracuta y zaz!, nada de sábalo y de arpón. La pelea era constante con el mar, con el viento, con la noche, con la luz de la luna que produce una sensación de falsa seguridad, y hay esco-

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

llos muy afilados que al menor descuido desgarran el vientre de las canoas. Entonces, si que es serio. Además de la tintorera, de los meros y de la baracuta, hay cientos de lagartos que agarran a las personas por las piernas y se las llevan a cuevas hondísimas, y cosas así.

Escuchaba embelesada, admirándose de verlo coger rumbo sin temor de equivocación, desde los matorrales más espesos. Palmoteaba llena de placer las veces que él se encaramaba en barrancos crispantes para coger los pichones de los pericos, o cuando el indio, pensando en su vida anterior, tocaba el caracol y cubría, en su resonancia melodiosa, todo el paisaje con el ciejo y la vegetación.

Una vez se turbó muchísimo al mirar la cara alterada de Mariara, con ocasión de una de esas escenas tan corrientes del lugar. Venían entrando a un potrero. En la distancia, ondulante por los golpes de la brisa, se escuchó el golpeteo de unos caballos estirados en la embriaguez del galope. Eran "Estrella" y el "Tordo". La potranca corría pateando el pecho del garañón, el cual la seguía impávido, lustroso, con el cuello recogido en un bello arco. Después el correteo cesó y el "Tordo" se crispó, sobre la potranca, en curva violenta y atornillante.

Mariana, profundamente conmovida ante la brutalidad del acto, preguntó:

—Qué están haciendo, Sibube?

Disgustado por la ignorancia de ella, contestó con displicencia:

—Tan jaciendo caballo.

Allí paró el asunto.

JOSE MARIA SANCHEZ B.

La voz del patrón lo sacó de sus cavilaciones. Tomando la delantera se fué Sibube con las maletas para el río. Rato después llegó Mariana, siempre fresca, siempre limpia, con la gloria de su sonrisa. En el momento de salir el bote, pareció recordar algo. Saltó a tierra y ante la mirada sonriente de los patrones, le besó en la frente.

En la noche, Sibube se acostó tarde. Sentado en el corredor, se esforzaba por analizar una inquietud que corroía los miembros de su cuerpo. Había algo íntimamente ligado a esa sensación de malestar, y era el recuerdo de Mariana. Pero aún más que ella misma, era el tono limpio, sano, de su piel blanca. Recordó de repente un incidente que al tiempo de ocurrir no tuvo la trascendencia que ahora le daba. Inclinandose desde el caballo, dobló el cuerpo para quebrar un junco. Por entre el escote, tuvo la visión de sus senos nacientes. Cerrando los ojos, se sumergió con pasión en los olores elementales que brotaban del pajonal y del monte.

* * *

Los años pasaron y creció hasta convertirse en un hombre de imponente musculatura. El trabajo violento del campo transformó al indiecito silencioso en uno de los hacheros más fuertes de la hacienda.

Un día llegó la noticia esperada tanto tiempo. Ella regresaba. Volvió a cobrar validez un sentimiento de confusa esperanza, una cosa difícil de definir pero que a él le sirvió de acicate en los años que duró la ausencia de Mariana. Ahora, hecho hombre, había perfeccionado la visión externa del mundo, de su mundo, había afianzado su fé en las cosas naturales de la vida. Las leyes de la naturaleza son muy sencillas, muy claras y abarcan el infinito.

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

Sin embargo, cuando ella llegó, tuvo que hacer un esfuerzo violento y guarecerse en su cara de indio. Venía con un hombre, blanco como ella, de brazos redondos y fofos. De momento no acertó a ordenar su emoción ante la rudeza del golpe, ante la objetiva valoración que hizo de ese otro hombre adiposo. Mariana sonrió al reconocerlo. Sibube retrocedió con el corazón helado. Atrás de él, quedaba su condición de indio, con un gran campo racial para la retirada interior.

En los días que siguieron, fué sintiendo un desquiciamiento progresivo en la voluntad, en el entusiasmo para el trabajo. Renacía su tristeza de indio abandonado, insistiendo en recordar los rasgos enérgicos de su padre. Casi siempre lo veía sentado en la proa de un bote, mirando ensimismado la profundidad de un charco. El sol brillaba en su cabeza de crenchas aceradas.

Más adelante ocurrió un incidente que lo llenó de perplejidad. Paseaba Mariana a caballo en compañía del otro, y Sibube, viéndolos acercarse, se quitó la camisa acometido de un afán despechado de exhibicionismo. Hizo surgir, sobre el fondo erizado de la zarza-hueca, la dura perfección de su tórax. Insinuado como una cuña, arremetió contra el monte, sintetizando en su furia la visión del hombre de esa tierra, cuya victoria sobre la naturaleza implica una gran violencia. Cuando estuvo cerca, le habló ella:

—Sibube. Eres fuerte como una rama de guayacán.

Rabioso se quedó Sibube, dándole vuelta en su cabeza encendida por el sol a una interrogación som-

JOSE MARIA SANCHEZ B.

bría. ¿Cuál era el sentido de su extraña escogencia, si la vida y la naturaleza ofrecen a diario el ejemplo magnífico de la potencia, desencadenada sobre el paisaje como una fuerza subterránea y determinante?

Atardeciendo, de regreso de su trabajo, vió a la pareja sentada junto al río. Sorteando con cuidado las hierbas encendidas en el poniente, se acercó en silencio. Tirado en el suelo, su imaginación se enmadeja en los interrogantes, decidido a encontrar la solución del hecho inaceptable. Estaban abrazados sin hablar. El hombre volvió la cabeza y le besó el pelo. Ella, invadida por la tranquilidad del crepúsculo, sonrió con dulzura.

Sibube contempló con fijeza el pelo de Mariana, destellando en la luz muriente del sol. Por una asociación de recuerdos y emociones, pensó en una experiencia muy vieja. Andaba de cacería con su padre y habíase quedado esperando sobre una raíz. La noche, cerrada, nacía de sus propios ojos, curvándose hasta la copa de los árboles. De pronto se sobrecogió de miedo al mirar en torno y percibir un resplandor azulado. Al regreso de su padre descubrió que la luz sobrenatural provenía de un tronco podrido cubierto de luciérnagas. Sin embargo el espectáculo era impresionante, como si la madera húmeda y olorosa tuviese varios contornos superpuestos. Mirando a la pareja pensó en la posibilidad de un resplandor secreto, escondido en lo más profundo del alma, independiente del abrazo poderoso que puede extraer de la carne el vértigo de la sensación.

De noche se acercó al patrón y le comunicó su decisión de regresar a los suyos, al Palenque. No

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

contestó a la pregunta del padrino. Por qué se iba? Era cosa que a él solo atañía. Cuando salió el patrón añadió disgustado:

—Indio, paloma y gato . . . animal ingrato!

Llegó al desembarcadero, cargado de sus humildes bártulos. Desató su canoa. De ahora en adelante sería fuerte, macho, pleno de consistencia material, pero con el anhelo secreto de encontrar una compañera, y llegar a destellar con esa bella calidad de la llama del carbón.

Cogió el caracol y clarineó resonancias en el río, aprisionando en la hendidura vibradora toda la perspectiva de la noche y el cielo encendido de luceros. En la casa, Mariana le oyó. Emocionada con el recuerdo de la niñez, dijo mirando hacia el lado del río:

—Sibube está tocando el caracol.

Sibube comenzó a palanquear, cortando con la proa las aguas oscuras. En su canoa. Hecha por sus propias manos. Trozo esbelto de la selva. Nervio de floresta hincado en la masa viva de las aguas.

1937.





CUSO



Cady

No es que el perro le aúlle a la luna. Es que la luna tira de su aullido, hasta reventarle las cuerdas vocales o vaciarlo por dentro.

Tristán Solarte.

Vivían un destino de perros y de negras a la sombra de las anchas hojas del banano. A Cuso los ladridos le brotaban con un sonido a madera rajada. Rosana, reducía al alarido toda su mística antillana, llena de interpelaciones hacia la humanidad bananera. El perro era el viático de la negra, y la negra, era el viático del perro. Unidos, subían la dura cuesta del mundo, eslabonando, a través del amor que el uno sentía por el otro, ladridos y cánticos.

Cuso se llamaba así, aunque en justicia debió de haber ostentado el nombre de Charagre, Bonyick o de cualquier otra cosa más bonita y onomatopéyica. Sin embargo para los valientes perros que caen en manos de negras, el nombre constituye una incongruencia, una manifestación que a menudo destruye la calidad intrínseca de estos perros indios, poseedores de un ancestro muy estimable que se remonta hasta una distancia de siglos y siglos vividos

JOSE MARIA SANCHEZ B.

en los antiguos poblados indígenas del Teribe. Quiero hablar de lo accidental que significa llamarse Cuso. Pero para que Cuso quiera a Rosana, y para que Rosana quiera a Cuso, Cuso ha debido ser tal, ya que, suponiendo que hubiese sido un Charagre o un Bonyick, Rosana no sería Rosana, sería probablemente Wutunga, Tiringa u otra cosa semejante en la manigua africana y otro hubiese sido el destino de estos personajes. Evidente: no se habrían conocido. En cuando a los hechos relativos de Charagre, Bonyick, Wutunga y Tiringa, se oponían dos hechos contundentes: Cuso y Rosana. Estos dos hechos pesaban y eran los únicos que determinaban las consecuencias respectivas de Monteador y "Salvation Army".

Sin grandes alternativas, pues, pasaba la vida de Rosana y de Cuso, dos seres que, sin ser excepcionales, estaban en el mundo, cantaban, ladraban. Un día ocurrió un hecho que introdujo una variante más o menos decisiva en el aglutinante fluir del tiempo.

El tiempo es una marcha de incidentes sordidos que se mueven en forma concéntrica cayendo con lentitud, hacia la punta de los nervios. Es como una larga espiral de detalles irritantes. Pero el tiempo es, por excelencia, el período que separa dos cortes de banano. Dentro de ese lapso ocurren cambios en la forma externa de las cosas, el hombre trabaja, ama, monta, baila y llena con estas actividades la cuota de optimismo indispensable para no perecer de hambre y de tedio. El hombre nace, crece, interviene en la función bananera. Baila además, en forma indecente, torciendo las caderas y el espi-

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

nazo. Ello, claro está, en el espacio que separa dos cortes de banano, es decir, dentro del tiempo.

Un día, pues, ocurrió un hecho muy bananero. Llegó un mandador nuevo a la finca, dueño, por extraña coyuntura, de dos perros de cacería. Un macho y una hembra espléndida. El sistema de vida que Cuso y Rosana llevaron hasta ese entonces, cambió. Rosana y Mr. Smith se unieron a la más espontánea de las simpatías. Cuso sintió por Pat, la perra fina, irresistible atracción.

Sería confuso tratar de reunir todas las circunstancias que se juntaron hasta crear esta situación y explicarlas. Quizás habría que limitarse a aceptar como un indicio la gemebunda melopea del "Ejército de la Salvación", primero porque Mr. Smith conoció a Rosana en una noche y ésta extendía, provista de un tambor y entre un marco de antorchas, su ancha voz y los himnos, anchos también. Segundo, porque es imposible negar la emoción que se adueñó en oleadas de lo más espeso de su sangre de "cow boy". Nostalgia? Un recuerdo dormido en los pliegues de los años? Fué que de música a música recuperó una melodía infantil, una alegría y un sentimiento de cuando era chiquito y recorría a caballo las praderas de su pueblo natal? Quién sabe! Lo cierto es que Rosana se convirtió de la noche a la mañana en una gorda cocinera negra de funciones que a veces se complicaban un poco. Cuso, desde luego, entró también al servicio de la casa y se enamoró perdidamente de Pat, la perra de cacería. Sólo nos resta decir que fué un amor desgraciado. Pat no se enteraba de su erizada presencia de monteador y es que las perras son crueles hasta la ferocidad cuando no aman. En cambio, llenábase

JOSE MARIA SANCHEZ B.

de mimos en presencia de Butch, su cejijunto y desgarrado compañero.

Una mañana rumbearon hacia las montañas en busca de cacería. Mr. Smith, Mr. Wilson, otro gringo, el viejo Villarreina, un cazador famoso en la comarca. La alborada se encendía de tucanes y de nubes, creciendo, entre los bejucales y el antro impresionante de las quebradas, como un zumbido de luz.

Desde el primer momento se evidenció un hecho que desmerecía las cualidades de los dos perros extranjeros. Caminaban bajo el techo de la selva impresionados por las voces cruzadas del monte. Allí en la espesura el crujido más ligero enciende de inquietud la sangre. Una rama que se parte bajo los pies de los cazadores, el tintineo del machete que corta las lianas, asumen entre los troncos un tamaño de milagro, de amenaza inminente. Cuso, un poco rezagado, aventaba la nariz, extendía con voluptuosidad los acerados tendones de las patas. Por varias horas los dos perrazos enloquecieron rastreando "ñeques". Cuso, despectivo y prodigiosamente serio, rehusaba empeñarse en tales correteos, ya que es estúpido pegar la nariz a la hojarasca, olfatear las raíces y pretender alcanzar en carrera a ese bicho, dueño de una malicia verdaderamente diabólica. El, Cuso, perro sin mayores pretensiones, apresó en contados minutos al "ñeque" más avisado. Lo probó en cuanto los gringos sujetaron a los perros finos y, aupado suavemente por Villarreina, enderezó las orejas escrutando el bejucal. Cuso procedía por intuición y tal hecho era el que prestaba caracteres firmes a su prestigio de monteador. El "ñeque" corre dando rodeos,

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

orina troncos, entra en una cueva y sale por otra, cruza quebradas y termina por burlarse del rastrero más hábil. Cuso comenzó a caminar en forma curiosamente elástica. Poco a poco aumentó la velocidad del paso, hasta convertirlo en silencioso galope. Dos o tres minutos después su ladrido a madera rajada sonó en la pata de un barranco. Cuando los hombres llegaron se relamía los bigotes al lado de un "ñeque" degollado.

Dobla el mediodía cuando Cuso suspende su trotecillo y, con una delgada pata en el aire, escucha intensamente hacia una ladera. A la derecha, a unos veinte metros, retumba un chorro. Inflado de sol, el monte resopla y las torcazas se empinan sobre las ramas. Villarreina contempla el espinazo erizado de Cuso y escucha también. Llama a los dos gringos y los esconde al lado del chorro. Cuso busca los ojos de Villarreina. El vaqueano sonríe excitado. En la distancia se escucha el paso retemblante de una danta.

No tarda en sentirse el latido de los otros perros que suben corriendo la loma. Baja la danta como un trueno, reventando monte. Cuso se acerca al charco. La espesura se raja de tucanes y oropéndolas. Un estrépito anuncia, a un lado, al animal. Cuso se aparta y la danta desemboca lanzándose al agua. De pasada Butch le suelta una dentellada traicionera y comienza a sangrar débilmente por el hocico. Resoplando en el charco, el animal asoma el lomo como una peña, a flor de agua. Los otros perros, enloquecidos, aúllan detenidos por el chorro imponente. El vaqueano aupa. Cuso ataca, se torna en una bola erizada de gruñidos. Cerca de la cabezota de la bestia, mete la cabeza en el agua y

JOSE MARIA SANCHEZ B.

nada sumergido, pegándose al costado corpulento. Muerde la parte blanda del codillo. El agua se tiñe de sangre. Grita el vaqueano y Cuso regresa. Nadando entre dos aguas apresa la oreja del animal. Hierve el agua. Cuso forcejea aferrado a la oreja de la danta. Se aleja nadando. Lleva en los dientes una piltrafa sangrante. Deposita bajo el hocico de la perra un pedazo de oreja. Brinca otra vez al ataque. Ahora va seguido de Butch. Mr. Smith grita y dispara. Mr. Wilson grita y dispara. Villarreina aupa solamente a Cuso. Butch ataca de frente. Cuso desgarró la oreja y percibe confusamente la imagen de un cuerpo blanco flotando en la espuma. Resopla vencido el animal bajo un disparo certero de Villarreina. Cuso nada para la orilla. Butch, inmóvil, flota en el agua con el cráneo abierto. El agua baja enrojecida. Cuso tiembla de frío al lado de Pat. Butch está muerto. Las oropéndolas abandonaron la cercanía del charco. Es ahora la tarde la que zumba, creciendo, en la espalda del monte.

Desde ese momento Cuso ganó la admiración de Pat. En los días que siguieron al violento incidente de cacería, tuvo la complacencia de sentir en los gestos y los movimientos de la perra el proceso maravilloso. Cuso, hechizado, se sentía invadido de un raro sentimiento de melancolía y de felicidad. Raro sentimiento ese. Marea caliente que le subía de las tripas a la seca garganta, a la noche que se abría alta y abismal, túnel de resonancia para el aullido de los perros indios que ladran con un rabioso sonido a madera rajada.

Oh la noche, la negra noche de los perros! Allá, bien adentro, en el monte, canta un capacho. A la

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

izquierda, detrás del matón de zarza-hueca, se escurre una zarigüeya. El movimiento de la bestezuela es tan leve como el estallido silencioso de las frutas del ceibo en el corraí, disparando en la sombra semillas, y semillas. Pero hay un olor acre que viaja en la brisa denunciando el paso del animal, los hocicos de los perros se abren con ferocidad, el sueño se llena de gruñidos, de toses angustiosas. Y aún más lejos el ganado brama en el potrero, mucho más distante del guayabo cimarrón que se eleva casi a la altura de las constelaciones, con las ramas agitadas por la brisa y por los aletazos de las "nonecas", tristes, negras, escrutando el cielo con el insomnio del hambre. Cuso, echado al lado de Pat, sentía como una caricia en el flaco costillal la blanda respiración de la hembra.

Una tarde Mr. Smith sale al patio con la escopeta y le silba a los perros. El bananal está lleno del canto de las "paisanas". Caen los higueros y el aire se impregna del olor de las frutas que alfombran el suelo.

Cuso se adelanta, tenso como un alambre, poseído de una fragancia que le arranca un gruñido. Zaínos! Pierde el olor. Lleno de angustia levanta el hocico. Galopa enloquecido saltando en el aire, buscando, erizado. Ancho como el bananal, el olor de las frutas envuelve el crepúsculo. Zaínos! Levanta la pata y orina. Corre otra vez, enfurecido por el perfume irresistible de los higueros. El gringo, insensible a la inquietud del perro, camina pesadamente hacia el canto de las "paisanas". Un hijuelo desgarrado de banano atrae la atención del perro. Olfatea. Levisimo, vuelve a sentir el rastro de los animales salvajes. Levanta la cabeza bus-

JOSE MARIA SANCHEZ B.

cando orientación y se pierde corriendo en el bananal. Un crujido suspende la carrera. Escucha con atención. Se acerca un galope. Cuso, inmóvil, escucha. Un cuerpo blanco sale entre los tallos. Es Pat.

Hasta ellos llega con claridad el canto triste de las "paisanas". La perra jadea. Cuso se le acerca con la nuca erizada. Un golpe de brisa sacude las anchas hojas de la plantación y trae en oleadas el perfume de los higuerones. Recordando el rastro perdido de los zainos gime Cuso desolado. La perra se rasca el costado. De pronto se queda mirando a Cuso. Larga y bella mirada de perra. El estampido de la escopeta galvaniza a los perros. Las "paisanas" gritan sobre ellos. Mr. Smith llama de lejos:

—Pat, Pat.

La perra mueve la cola y se endereza obedeciendo al llamado, pero Cuso se atraviesa. La hembra enseña los colmillos. Cuso se acerca torciendo el cuello en un arco erizado. Gime la perra sintiendo el llamado insistente del gringo. Cuso, violento, hunde con rabia los colmillos en el suave cuello de Pat y se abraza al cuerpo esponjoso. Resuena en el bananal, terrorífico y discriminatorio, un grito:

—Damn'it!

Agazapado al pie de un matón de guineo, Cuso contempla con ojos alucinados al gringo que recoge un pedruzco y se lo estrella en el costado. Levanta el hocico midiendo los movimientos de Mr. Smith. Una piedra atrae la mirada del hombre. Se agacha

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

a juntarla. Cuso ataca como un bólido. Tres cuartas alza hasta los colmillos diestros y feroces. El hombre siente en las entrañas el frío arañazo del miedo. Ese animal miserable, frágil, reuniendo en la soledad del crepúsculo una cantidad tan enorme de odio, de acometividad! Logra sacar su cuchillo de montería y lo hunde repetidas veces en el cuerpo tembloroso hasta llenarse las manos de licor viscoso de la sangre. El perro, vencido, suelta al hombre y huye hacia la noche, seguido de los disparos ciegos del mandador. Lejos, muy lejos, gimió toda la noche acostado a la sombra de un platanillal.

Allí lo encontró Rosana al día siguiente. Llena de amor lo levantó en los brazos y se lo llevó otra vez a los campamentos, a la misma vida de antes, con sus melopeas, con la embriaguez de los rastros para la vocación de Cuso, el bravo, el valiente perro Teribe de cacería.

1939.





CLAROSCURO
DE BANANAL



De nuevo aqueilo, el sollozo, soplo que golpea las venas, vibra en la piel, se pone de cristal en los ojos. Negro, brotando de él, que es negro, apretado y redondo de ron. Eso, que habita en los pliegues de las sábanas, en las lomas y las praderas del colchón, se fué resbalando por los bordes y cayó al suelo. Es tan difícil darse cuenta! Cuando cayó se hizo añicos como cualquier objeto frágil, en una forma y con un acento que ardía en los ojos, con ese dolor que produce el contemplar las cosas inexorables. Se partió, se deshizo, se fué, dejando en el corazón una nostalgia atroz, a pesar de que es de naturaleza tan sutil y de un origen tan difícil de precisar, porque nunca se sabe si es que comienza en las axilas blandas, tenebrosas, en el cráter impulsivo de la boca, o quizás de sus ojos amarillentos que sabían expresar en forma tan patética el color violáceo de la malaria. Se cayó eso, pues, resumen de toda la felicidad de su vida conyugal, como si fuera una película finísima que cubriera el lecho y junto a él, su cuerpo de duras piernas masculinas, el vientre y los senos negros de ella, la sonrisa imposible de describir y que sin embargo se apoderaba de la tajada prieta de su boca, pegada como un

JOSE MARIA SANCHEZ B.

parche de la nuca de la esposa, la que hoy está sobre la cama, inmóvil, con un gesto helado, vacío. Bendito sea Dios! Si llegase tan solo a mover la boca un milímetro, un mezquino milímetro, seguro estaba de que las cosas de hoy perderían una cantidad enorme de rigidez bajo el cálido influjo de su voz. Pero no, tiene la boca cerrada, amarrando las palabras y el bello reflejo de los dientes, empeñada en ocultar el secreto de un olor entronizado hace rato por los alrededores, tan distinto al otro, el que tiene cualidades emocionantes y oscuras en las noches, profundamente vinculado a sus axilas y su cuerpo. Dios, la humanidad huele a chinche para el festín de la tierra! Nadie lo nota, hasta que uno muere.

Ahí por los rincones ronda una cosa espantosa y haría falta boca, muchísima boca, para empujarla hasta la puerta y marcharla. Lo que pasa es que las palabras andan distraídas por el paladar, arrastrando el grillete del ron. Prisioneras de la boca y del momento angustioso, son incapaces de defender la pena de lo que ronda por los rincones disfrazado de miedo o sobresalto. Qué bueno sería enfrentársele y decirle cosas injuriosas! Naturalmente que habría de aprovechar los momentos en que se debilita, porque, aunque parezca mentira, no es de una uniformidad excesiva. Tan pronto se espesa en un rincón, por ejemplo, debajo del escalón que sube a la cocina, un buen trecho de pared queda casi libre, hasta el punto de que el rumoreo del monte se pone a espiar los interiores, empinado sobre la noche y sobre esa rendija de la pared. Y el dulce chapaleo de la quebrada tapa la mirada de mal agujero de esa cosa terrible que atisba incesantemente por la misma rendija de las tablas por si del día viene, lo mismo que si fuera un asqueroso pajarraco nocturno. La

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

canción pura de la quebrada, al acercarse, no le deja ver el bananal ni el ruidito de los grillos.

Pero no. Cohibida, la lengua se ha convertido en un trapo inservible, soltando salmos y cánticos como si toda su misión se redujera a destapar el guarapo burbujeante de la congoja antillana, des-tripada y sangrante dentro de él, vaso turbio, "pa-namanian". Y canta entonces. Es una canción llena de imágenes blandas, esperanzadas: "She cross the River" Pobre río Jordán! El ron, la tristeza, el velorio, operaron un cambio sobre la tonalidad de sus aguas y ha quedado exageradamente moreno. Una mujer negra nada sobre las ondas y vislumbra en la otra orilla humo de fogones que se levantan en columnas túrgidas hacia el cielo. Centenares, miles de hombres y mujeres negros, cuecen "dum-plines" plateados, hechos de pura fécula de estrella para el apetito celestial de los bienaventurados.

Apretando los dientes, trata de sacudir el peso que lo tiene clavado a la silla. Se incorpora y la cosa que ronda por los rincones se acerca. Le sube por las piernas, por el sexo, estruja el estómago. El tórax, expandido, busca la hendidura de la boca; la angustia se redondea, se infla, y estalla por fin. Como un caucho, el negro estira y encoje, estira y encoje.

Llega hasta la puerta, agujero ancho que separa el pujido del monte de la cosa de adentro, de la tragedia que disolvió para siempre la risa de ella. Esa risa perdida es quizás lo peor de todo. Porque la risa, dentro de las casas, es un elemento de milagro, en cuyo misterio se adivina la presencia risueña de "God", suspenso sobre todas las cosas, desde

JOSE MARIA SANCHEZ B.

el bostezo con que se saluda el día, hasta la fruición de acostarse con una mujer buena y hermosa, precisamente como aquella: amplia de caderas, seno abundante y, aún más, cómoda y tierna.

Dura y blanda la risa de ella, dura y blanda la cadera, mullida elipse para reposar la fatiga del bananal. Como eso, solo el lecho de los que ya cruzaron el río Jordán, los santos, los bienaventurados. Acude un recuerdo que le arranca una sonrisa despectiva. Piensa en John, cantor de salmos, santo, enterrador, profeta, lengua de oro. Vive con ellos y no tiene colchón. Cualquiera que pase de noche cerca de su casa se puede dar cuenta. Lona, nada más, y sosteniendo la lona, las patas ruidosas de un catre. En cambio, la que murió era blando colchón, elipse mullida que brindaba el privilegio —mamey maduro— de recostar el cansancio que desde los caminos del plantío derrumbó la elasticidad de los miembros.

La brisa, que llena de adioses blandos el bananal arrimado a la casa— ahita y mareada de cánticos y de ron— sacude el guayabo del patio y la luna del charco de los puercos. Sacude la noche y lava el duro entrecejo del negro. La brisa trae la frescura de la plantación, de la montaña cercana que parece temblar como un parche de tambor bajo los bichos nocturnos. Arriba la luna, que es alta y que es baja. Alta, por las nubes que la sostienen; baja, porque llega hasta el barrial de los puercos. En medio de la noche es fulgor plateado que ablanda los ojos. Y en pos de esa luna agradable baja al patio, hacia la charca hedionda que hace guiños desde lejos, llamándole. Ella le va a calmar el ardor de los ojos, enrojecidos y relumbrantes desde que la fe-

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

licidad de la cama en donde yace Mary, ella tan linda y tan dulce, se resbaló por los pliegues de las sábanas y cayó al suelo, despedazándose completamente. Camina sin apresurarse, temeroso de que los brazos —doscientas libras— empujen la cabeza hasta las hierbas del suelo. Entonces nadie, absolutamente nadie podrá levantar esa agobiadora totalidad integrada por el coco hinchado de la frente, la nariz, los dientes.

Centellea en toda su plenitud la luna. De pronto, un sollozo sale detrás de un tallo y cruza la charca. Pretendió volver la cabeza y el impulso del cuello le pegó un tremendo puntapié a las nalgas, como de cinco metros— el puntapié —y fué a clavar la mejilla en el macizo de la planta. Tallo y hombre— cepa y ron —cayeron al suelo. Y, lo temido llegó. Llegó a través del plantío, en un vértigo infinito, después de confundir el cielo con los árboles. La cabeza quedó clavada al suelo. Sería materialmente imposible levantarla y contemplar una vez más la luna de las nubes, es decir, la luna alta. El único recurso que queda es besar la tierra, oír, como en sordina, el movimiento de las raíces profundas, buscando enloquecidas el sustento. La luna se llena de crueldad y le empuja la nuca, para que el beso a la tierra sea más íntimo.

De manera inesperada queda suspendido el coloquio con la tierra. Un grillo, que se ha introducido en la concha de la oreja, encantado de la acústica tibia del sitio, salta apresurado. El negro asciende, tirado por los hombros. Se niega a abrir los ojos, contrariado de que ese brusco movimiento haya suspendido la canción del grillo, justamente cuando comenzaba a decir cosas muy agradables y simpáticas. Fuera de toda duda, el grillo tenía

razón al decir que la boca de Dios era como la de él, grande, de labios inmensos, repleta de palabras importantes. Naturalmente, la nariz sería chata y el pelo lo llevaría salpicado de diminutos cagajones de cabra. La subida termina y el negro no sabe si podría medir la distancia recorrida en centímetros o en kilómetros de altura. Es necesario pedir cuentas, con toda violencia, a la persona o cosa que le hizo abandonar sin transición el beso húmedo de la tierra. Haciendo un esfuerzo entreabre las pestañas y queda espantado. Abiertos, a pocos centímetros de su cara, hay unos labios gruesos y una sonrisa deslumbrante, de cocada blanca. Temblando, comprende una cosa terrible: ahora mismo está en los brazos de Dios. Cerrando los ojos, escucha la voz reposada, que, sorprendentemente, tiene algo de familiar. Sin embargo un razonamiento lo deja tranquilo. Dios está en todas partes, hasta en la voz de los hombres:

—Todo, todo se pudre. Se pudre el sudor que cae a la tierra, al lado de los tallos que se pudren. Se pudre la risa en las bocas, como la pobrecita risa de Mary, tu mujer.

Decidido a mirar cara a cara ese ser que habla, abre los ojos y confirma su sospecha. No es Dios. Es apenas John, el enterrador, el lengua de oro. Sonriendo, vuelve a cerrar los párpados y acomoda la cabeza en el regazo del profeta. Este continúa:

—Maldito el momento en que la muerte se apodera de las mujeres, porque les pone tiesos los muslos. Ay, Alfred! Estoy lleno de pesar. Pobrecita Mary, tan buena, tan linda. Qué será, Alfred, de sus tobillos delgados, del pezón atrofiado de su pecho derecho?

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

Lleno de furor, Alfred hace un gran esfuerzo y se planta sobre las dos piernas vacilantes. Casi encogido lanza el puño a la boca de John y ambos ruedan al suelo, golpeándose con rabia.

—John, maldito, desgraciado!

La refriega continúa. Rodando, caen en la charca de los puercos.

—John, hablaste de Mary, de los pechos de Mary.

Los hombres— iuna, lodo y puñetazos —se fueron apaciguando poco a poco. La rabia se redujo apenas a frases cortadas:

—Ay, los pechos de Mary!

—Suaves!

—Resbalosos cuando el sudor los perlaba!

—La mejor almohada para el cansancio!

—El pedazo de carne y de piel que mejor llena el hueco de la mano!

—Ay, los pechos de Mary que se murieron. Se MU-RIE-RON!

Entonces, a Alfred le comienza otra vez aquello, el sollozo, soplo negro que golpea las venas, vibra en la piel, se pone de cristal en los ojos. John solloza también con desconsuelo. Y se abrazan llorando, casi con amor. Arriba, en el cielo, la luna parece una lágrima de la noche.

Al lado del rizoma en donde empezó la pelea, la botella de John, vacía, suelta la última gota de ron sobre la tierra. Los racimos de esa planta tendrán sabor a velorio y a ron. Amanece.....

1939.



EL MONTEADOR



Aunque ya estaba un poquito viejo, todo el mundo lo reconocía. Era el mejor monteador de la comarca. En el patio de su rancho, de acuerdo con los meses y las frutas que caían en la montaña, se asoleaban siempre tasajos de zaíno, venado, conejo, macho de monte.

No había nacido por allí. Llegó desde la costa con una muca de ropa al hombro, un machete, sin afilar, en la mano, y una ignorancia increíble para todo cuanto se relacionara con las faenas cansinas del "chapiador" y el palanquero. Pero no tenía pereza y era dueño de una abierta sonrisa de costeño que se ganó la simpatía de todos.

Poco a poco se hizo al trabajo del machete, aprendiendo a sobrellevar con paciencia la mordida del sol, la filuda vegetación de los rastrojos, erizada de espinas y de ortigas. También se hizo botero: transportaba enormes cargas de banano en canoas que desafiaban las correntadas, el río largo, espumoso, semejante a un camino infinito que reberberaba en el sol y el aire, hirviendo de choques y de aguas pulverizadas.

JOSE MARIA SANCHEZ B.

Sin embargo, en lo más profundo de su naturaleza de monteador, escondido en los pliegues más remotos de su conciencia, había un secreto terrible que pesaba en sus cavilaciones más íntimas, en esos momentos en que, a solas consigo mismo, pensaba, pensaba en los misterios de la vida, del destino. Parecía increíble! Era flojo, de una flojera definitiva que, para su desgracia de monteador, tenía manifestaciones muy raras. El estómago, ese órgano que en el resto del género humano tiene funciones tan vegetativas, tan sencillas, en él tenía la monstruosa propiedad de recoger los estímulos del mundo exterior y transformarlos en un molesto proceso de retortijones, urgencias, ansiedades que culminaban en la necesidad inaplazable de expulsar esa angustia interior, recurriendo al natural expediente de desatarse la majagua que oficiaba de cinturón y, de cuclillas, mirar estúpidamente, con gesto humillado, un punto neutro ubicado a dos o tres cuartas de los pies. Puñetera vida! Para él, el mejor monteador de la comarca, el estómago era, como quien dice . . . el barómetro de su flojera.

Casi siempre fué así, desde que era chiquillo y vivía en un pueblecito de pescadores. En aquella época, claro, no se detenía a analizar el hecho un poco molesto, un poco inquietante de sentir que cuando una ola demasiado alta amenazaba con hacer zozobrar la canoa, que si un pez grande se pegaba del anzuelo y tiraba con fuerza, un frío de hielo subía desde las piernas y el estómago daba un vuelco que le ponía ceniza la piel de la cara. A pesar de todo, trató de esconder esa debilidad tan poco en consonancia con las necesidades de la vida y del trabajo en los pueblos de pescadores. Hasta que un día, ba-

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

ñándose con otros muchachos sintió de cerca el remolino de una tintorera que se varó a muy poca distancia de sus piernas. No lo pudo evitar. En medio de las risotadas de los compañeros se fué para la casa, profundamente humillado, caminando entorpecido por un peso de plomo que tiraba la parte posterior de sus pantaloncitos. A partir de ese momento, los muchachos, el poblado todo, comenzó a hacer burla de su defecto. Un día se alejó para siempre de la costa y llegó a los caseríos de tierra adentro.

Hizo rancho y se buscó una mujer. Cuando los hijos llegaron encontró que no había manera de satisfacer el apetito de los chiquillos con el solo producto de los miserables jornales. Absolutamente solo, comenzó a meterse en la montaña buscando caería. De más está decir que eran incontables las veces que recostaba la escopeta a los tucos fornidos e imposibles. Al amparo de la hojarasca se destaba el cinturón y daba libertad a esa cosa de adentro. De noche también iba solo y resultaba peor. El retortijón del estómago culminaba ante los hechos más pueriles. Un grito de pájaro, una rama que crujía. Pero, a filo de recia voluntad, desentrañó el misterio de los comederos, de las picas escondidas, y, la montaña espléndida, le entregó sus secretos.

Un día el patrón de una finca cercana lo mandó llamar. Un tigre asolaba la comarca con sus ruinosas incursiones. No había localidad, por habitada que fuera, que no hubiese sentido en las manadas el atrevimiento del gatazo que mataba casi todos los días terneros, potrillos, que en una memorable ocasión, sacó del tambo de un rancho una lechona parida y se la llevó a pesar de los tiros que le hizo el ame-

drentado dueño. Dos o tres días después el animal dejó, en las cercanías del mismo rancho, su huella ancha de tigre cebaño.

El asunto se convirtió, desde luego, en una cuestión de prestigio profesional que habría de mantenerse por encima de las inconveniencias de un estómago demasiado sensible. Además, el patrón ofreció la respetable cantidad de veinte pesos por el cuero del animal. Por otra parte, Mandador, un hondureño mal encarado que hacía tropelías entre los indios del Teribe, llegó atraído por la cuantía del premio y ofreció sus servicios de excelente cazador. La presencia del hondureño despertó apasionados comentarios en la gente, y hubo quienes apostaron en favor de uno u otro. En eso se estaba cuando llegó la noticia esperada. El tigre cazó en un potrero cercano a la montaña. En una arboleda, al lado de una loma, mató a un ternero y le comió el pecho y los intestinos. Todos sabían que el animal regresaría a comer.

Mandador se acercó y le propuso una cosa muy razonable. La cacería se reduciría a sentarse en un veladero y esperar con paciencia a que el animal, hostigado por el hambre, regresara. Dividirían la noche en dos turnos, acomodados en el mismo veladero, y el que tuviera la suerte de tirar al gatazo compartiría el premio con el otro. El viejo, presionado por las circunstancias, se vió obligado a aceptar la proposición y exponerse a que el maldito estómago, en presencia del otro, pudiese poner en entredicho su hombría, sus cualidades extraordinarias de monteador.

Rivalizando en detalles que denotaban gran experiencia, acomodaron en la horqueta de un árbol

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

una plataforma de caña-brava. Mandador pretendió amarrar los restos del ternero con una majagua trenzada, pero el viejo se opuso. Argüía Mandador que el bicho, desconfiado por naturaleza, podía coger la presa sin dar tiempo al tiro.

—El plomo camina má—, sentenció el viejo.

Temprano en la noche se treparon al veladero, dispuestos a la larga espera, con las lámparas tapadas. A lo lejos distinguían, en el potrero, las pelotas oscuras del ganado, iluminadas por la débil claridad de una luna en cuarto creciente. La montaña, cercana, sacudía sus rumores.

Casi al amanecer, durante el turno del viejo, las hojas del suelo fueron restregadas por un cuerpo que se escurría sigilosamente. Mandador se incorporó en silencio y le dió agua a la lámpara del otro. De golpe, alumbraron el suelo concentrados sobre dos brasas verdes. Detrás de ellas, un cuerpo elástico, levemente moteado de amarillo, esperaba el rugido de la escopeta.

—Dele, viejo.

El disparo corto la canción de los pájaros nocturnos y se perdió en la montaña. Amanecía rápidamente. En un matorral cercano el tigre se revolcaba con un quejido bronco, quebrando palos y ramas secas.

Bajaron los dos cazadores del árbol. Antes de ir hacia el tigre, el viejo se volvió con naturalidad a Mandador:

—Vo'a vé si ta cayendo una verbá po'allá, pa vení a matá dispué zajino.

JOSE MARIA SANCHEZ B.

Apenas subió el barranco, corrió, desesperado, desatándose con dedos torpes por la prisa la majagua que le servía de cinturón.

Cuando regresó el gesto de apuro había desaparecido. Lleno de dignidad se acercó a Mandador. Este, con ademán de concedor, dijo señalando el tigre:

—Ta bellaco el tiro, viejo. Le metió el plomo en to'o el codillo.

1938.

EL LLANTO DE LA VIBORA



Por el sendero de la montaña resbala la terciopelo. De cuando en cuando reluce bajo el humo plateado de la luna. Hilo de sonido, sombra, miedo, noche, la terciopelo avanza despacio atornillando la cabeza ceñuda en la alfombra del hojarascal. El pulmón del bosque respira en el canto de la cigarra.

Un grito muerde en la noche. El lomo del silencio, herido, sangra en las hojas y las ramas el eco multiplicado por las hondonadas. La víbora se inmoviliza. Poco a poco, infinitamente cuidadosa, se arrolla en la mamba de un almendro cimarrón. Levanta, una pulgaca más arriba del áspero raizón, su cabeza afilada, el dardo de la lengua rasgando la tensión de sus dos metros bellos, terribles.

Regresa la calma, el canto de las cigarras. Sale el animal de su escondite y se mece indeciso en el sendero. Hay algo, una velada amenaza flotando en las sombras, y se enciende de inquietud la respiración de la víbora. La noche queda cundida de estallidos. Nuevamente un grito parte la noche. Resbala, alejándose, la terciopelo. El padrote de los puercos de monte ha gritado. Probablemente un

JOSE MARIA SANCHEZ B.

tigre vela el sueño de la oscura manada. El sonido de los colmillos entrechocados acelera la marcha del animal. Bajo esos hocicos de pesadilla, dos, tres dentelladas bastan para convertirla en una masa sanguinolenta.

Un crujido corta la fuga reluciente. En un segundo se transforma en una rodaja de músculos retorcidos. La cabeza toma un ritmo de péndulo. Luego la apoya en los anillos y se aquieta, inmóvil como una piedra. No tarda en sentirse un roce pulido de precauciones. Inesperadamente, a pocos centímetros de su cabeza, se precisa una garra. Con la velocidad del rayo mueve la cabeza, golpea la piel afelpada y se escurre debajo de un tronco. Un gruñido desgarrar la oscuridad y la silueta elástica del tigre surge en un claro de la selva. Luego se aleja trotando, perdiéndose en la espesura. La noche queda trémula con la ferocidad de los puercos de monte.

Cauteloso, el cuerpo de la terciopelo busca el sendero perdido entre las raíces. El terreno baja, se quiebra sobre una pendiente, y el cielo, sin la pantalla del ramaje, se derrumba en la charca encendiendo luceros en la linfa. En la orilla se detiene. Nada mueve la quietud de la luna y de la noche. Solamente la brisa mece con suavidad el agua en los hierbajos de la ribera.

Entra en la charca. Una rana de ojos desorbitados se hunde con un chapuzón en las aguas verdosas. Al ganar la terciopelo la otra orilla vuelve a sonar el canto del batracio. Hace más lenta su marcha. Bajos llenos de humedad, pitaales rezumantes reparten en tono de sordina el canto idiota de la rana solitaria. La muerte acecha detrás de

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

cada tronco forrado de musgo. La muerte acecha también en las mandíbulas de la bella terciopelo que se desliza centelleando bajo el toque plateado de la luna.

Inicia la ascensión de una pendiente, alejándose de la humedad del bajo. A medio camino se detiene, presa de un malestar que aumenta gradualmente. La pequeña loma crepita con el furor desencadenado de las cigarras. El tronquerío agranda el canto tristísimo, hasta convertirlo en un alarido que vibra enloquecedor en la oscura cavidad del cerebro. La selva, el mundo con un tamaño que supera la loma hasta perderse en la inmensidad de las quebradas y los bajos, asumen un ritmo de gigantesco pulmón. Se sacude furiosa. Levanta su cabeza hasta un metro de altura. Mensajera del terror, silba una cólera de locura tirando mates sobre las hojas batidas por la brisa de la montaña.

Trepa la loma, lanzada en silenciosa carrera, alejándose del canto de las cigarras como un arpón de caña-jira. Una náusea violenta se apodera del vientre plateado. Entra el animal en un hueco. El sueño le invade como una caricia. Arrolla sus dos metros estremecidos por el fenómeno angustioso de la digestión.

Un golpe de brisa sacude al monte y la terciopelo levanta la cabeza airada. A un lado del hueco se cierne un desborde emocionante como si el cielo se vaciara en una lluvia de guijarros. La brisa se extingue, el ruido pierde intensidad. La terciopelo afloja la tensión provocada por el insólito rumor. Afuera golpean, a una distancia cada vez mayor, las menudas frutas del verbá parido, sacudiendo la riqueza de sus ramas en la sombra.

Ese hueco tenebroso, esa negrura perfumada por retoños aplastados de platanillo, se enfrenta a visiones de terror y de violencia, el abismo vertiginoso en donde late el sueño temible de las terciopelos. El cuerpo se sumerge en una inmovilidad semejante a la muerte. Solo adentro, en el vientre esirado por la gigantesca rata poco antes devorada, el infierno de la digestión se verifica bajo la acción corrosiva de los jugos gástricos. Sueña talvez la terciopelo. Sueña con las raíces de un verbá que correspondió a su espera con el regalo de una rata que pasó a dos pies escasos de su cabeza. La escena desfila envuelta en la gelatina amarillenta del sueño. El episodio regresa con claridad, recorriendo, uno por uno, los movimientos perfectos que culminaron en la cacería. Allí está la rata enseñando los afilados dienteillos en un gesto absurdo de amenaza, nadando en un ambiente de desesperante lentitud, mostrando el lomo blandito en una patética invitación al arponazo de los colmillos. La sangre, espesa, baja del lomo gris del bicho, manchando el suelo cubierto por las frutas del árbol. La víbora se estremece en el sueño. Ha cambiado la escena. Ahora traga el cuerpo voluminoso de la presa. Angustia, terror. Una imposibilidad secreta paraliza los músculos del cuello y el roedor baja despacio, despacio, agitando su desnudo rabo entre los colmillos de la terciopelo. Cae de nuevo el verbá sacudido por el viento. La fiera se revuelve irritada. Ha despertado. Los ojos recorren la mamba.

Se despereza dominada por un recuerdo remotísimo, vinculado por una sucesión de extraños temores a un pasado imposible de precisar. Sorprendida, recorre el antio formado por el tronco. Gana

CUENTOS DE BOCAS DEL TÓRO

fuerza el desasosiego de la terciopelo, como si en el ruido de las frutas que caen hubiese alusión a un hecho monstruoso, anterior a su propia condición animal. Ese hecho surge como una posibilidad oscura y se mueve hacia adelante, en una búsqueda subterránea. Hay, sin embargo, una barrera que rechaza la corriente sombría del recuerdo. Inquieta, mira con fijeza a una hormiga que trepa la pared. Sigue con atención los movimientos apresurados del insecto que sale al exterior por la boca negra del tronco. A través de la hendidura, la marea del follaje mecido por un soplo de brisa que hincha la selva y sacude el verbá, atrae sus miradas. Esa visión comienza a tranquilizarla. Un vago sentimiento de seguridad, sugerido por el hecho de que vislumbra el follaje y los insectos del monte en plena noche, aleja el estado anterior de temor e incertidumbre. Allí, metida en la cálida guarida, es, confortable y segura, solamente una terciopelo, dos metros de terror en la noche de la selva.

Se siente al verbá llamando desde afuera con un clamor de lluvia. Ahora sí, ahora sí precisa otro recuerdo, sumergido en un hálito tonificante de ferocidad. Los animales del bosque acuden en manadas a comer las frutas que el árbol riega en el suelo. Con ellos llegan los animales de presa, a desgarrar la carne palpitante de los roedores armados de zarpas, de colmillos que destilan un zumo paralizante y mortal. Bien pudiese ser que ella llegó, llamada también por la lluvia de las frutillas.

Quizás desde temprano su cuerpo robusto esté agazapado cerca del árbol, en espera de una presa. La víbora sale de la mamba embriagada en el recuerdo tremendo, guardado tanto tiempo en la suce-

JOSE MARIA SANCHEZ B.

sión de los días, las noches, los años. Eso sucedió! Los detalles se aclaran paulatinamente y los matorrales se desperezan como en la madrugada inolvidable que alumbra el encuentro con ella, la hembra que una vez encendió en su vientre de macho una agonía indescriptible.

Bello recuerdo. La montaña despierta. Sacia la melodía de los pájaros su ansia de amanecida y el sol gana, en la niebla y las quebradas, la victoria del color. Una larga noche de cacería arrastra el macho frente a un bañadero de puercos salvajes. De la derecha, resbalando desde un caña-blancal, surge una víbora espléndida. Es una hembra y ondula un terciopelo bruñido, metálico. Avanza desafiante y lo mira en la media luz de la madrugada. Se acerca con lentitud encrespando el aliento del macho. Los cerros están ahitos del regocijo temprano de los tucanes. Al pie de un jujucal, los cuerpos enlazados encienden apretones alucinantes sobre la ventura de los vientres. El nudo, ceñido, escalofriante, relumbra en el sol.

Algo inesperado se interpone. La hembra endurece el espinazo y se separa con violencia. Sus pupilas malignas contemplan burlescamente las fauces babeantes del macho. Luego se pierde, rápida como la luz, en el caña-blancal.

En vano buscó en las hojas secas del monte. El cuerpo de la hembra se perdió en el bajarío. A filo de mediodía cesó el macho en su búsqueda. Arrollado en la penumbra de un pitaal se adormeció en angustiado sopor.

Dominado por el anhelo inefable, avanza hacia el gigante del bosque, arrastrando la tortura de la digestión. De pronto se revuelve asustado. Desde

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

el raizón del verbá un haz deslumbrante avanza hiriendo las pupilas. Atraído por la luz se acerca. Distingue la silueta confusa de un hombre. Lleno de terror precisa, en un segundo infinito, esclarecedor, el recuerdo surgido en el hueco del guayabo cimarrón y trata de huir. Es tarde. El cerebro estalla en un relámpago y la cabeza cae sobre un abismo sin fondo.

Se siente regresar, estremecido de dolor, de un mundo extraño de silencio y de negrura. Algo se mueve a un lado. Trata de levantar la cabeza sangrante y alcanza a mover, apenas, su cuerpo descoyuntado. Se siente tocado en el costado. No la ve, pero la adivina. Es ella! Le rasguña en el vientre toda su ternura de macho, pero el dolor detiene el movimiento, apenas iniciado. Una angustia desconocida se apodera del animal moribundo que siente veladas las pupilas por una sensación extraña, asociada al recuerdo y al disparo mortal. Lleno de furia trata de sacudir la cabeza y de los ojos se desprende un líquido que rueda por el hocico hasta la boca. Es salado. Levanta la mano y se restriega los ojos. La mano? Sí . . . la mano. Y es la mano derecha! También en la selva hay ahora un ruido chasqueante. Pero no, no es el batir de las mandíbulas de los puercos salvajes ni el verbá que sacude sus ramas en el viento. Es más denso. Quizás más fino, y hace realmente frío. El cobertor se ha corrido. Las dos manos tantean en la oscuridad, buscándolo. Dos manos? El cuerpo de la terciopelo hembra se va deshaciendo en la irrealidad y en el rumor de la lluvia que castiga el techo. Además la almohada es más suave que la hojarasca podrida. Sí, la hojarasca podrida huele a ropa sudada de in-

JOSE MARIA SANCHEZ B.

dio. SUDOR DE INDIO. Exactamente, sudor de indio, y se incorpora sobresaltado en la cama!

El hombre, completamente despierto, abandona el lecho enjugándose las lágrimas que siguen rodando copiosas desde los ojos. Sonríe. Afuera de la casa la lluvia cae con ruido parejo sobre los rastrojos, sobre la montaña misteriosa que se perfila a lo lejos.

1939.

LA MUERTE DE NICANOR



El relámpago dibujó, frente a la laguneta, la figura del hombre sentado sobre un tronco. Segundos después, el trueno sacudió la linfa que ya desde prima noche se rasgaba bajo el grito de los babillos. En el cielo bajo, como de caverna, la noche anaranjada, incendiada de tormenta.

Remonta la copa de los árboles el mismo siseo que poco antes paso por el gramalote hasta llenar la orilla del río de lamentos. Es la voz del Talamanca, repitiendo desde las nuca de la serranía una sola queja: creciente . . . creciente. Las ramas crujen. Copiosa, llena de presagios, la lluvia cae y el caudal del río crece en la oscuridad, llena de hilos sucios el sendero de la laguneta, sobre el cual está, apesadumbrado, el hombre.

Temprano, casi de madrugada, abandonó el rancho, rumbo a los bancos del río. Allí dejó correr las horas metido en lo más espeso, al lado de la corriente que amaneció poblada de troncos y ramazones. Siempre al lado del río. Atrayente como un vórtice, miraba sus aguas y con ojos entornados envidiaba la potencia de la correntada que le hacía vibrar las entrañas, como si la caja torácica escon-

diera un sensible diapasón. Y poníase a repasar los pormenores de su amargura, la falta de vigor de que disponía su pecho flaco, incapaz de llevarlo hasta el umbral de su rancho y gritar con enojo:

—No me quieras tanto que me voy a morir!

Esta era la tragedia de Nicanor. Parecía imposible que fuese capaz de amilanar un espíritu tan rebelde como el de Nicanor, hombre que siempre dejó sentada fama de recio ante los más grandes peligros. Eso, sin embargo, nada pesaba ante el hecho cierto de la nueva cobardía de Nicanor, mejor dicho, de la vieja cobardía de Nicanor, que no era nueva, que ya se avecinaba a los tres años. Acaso pudiéramos comprenderla si la suerte nos depara dentro de las cuatro paredes de un rancho, con la puerta cerrada, una mujer como la de Nicanor. Esa mujer era como un mar, como una selva, como cualquier cosa excesiva. No hay otra palabra que resuma con mayor justicia las cualidades de la mujer de Nicanor que esa: exceso. Ante aquel todo excesivamente abultado, naufragaba el carácter, la hombría, y, sobre todo, la vida misma. Si uno estuviera en capacidad de mirar, objetivamente desde luego, el acontecimiento dramático del “vivir” de Nicanor, percibiría inmediatamente las causas que motivaron la desaparición de su energía y el desgano, o aún más, el desmadejamiento de los pormenores de su triste vida. Esa mujer infundía terror. Provista de dos armas, los brazos, movíase en el ambiente estrecho del rancho como un remolino que absorviera los pequeños y terribles hechos de la vida cotidiana, y, lo que es peor, a Nicanor. Los brazos-boas ondulaban amenazadores hasta que hacían presa en el cuello de él, mezquino cuello de palúdico, magro como

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

un bejuco del monte. Entonces lo quería. LO QUERIA! Dios santo, la ternura de esa mujer, ese detalle subjetivísimo y personal de quererlo, ese engranaje sutil de fervores que brotaba de lo más profundo de su naturaleza melosa, era la desgracia, la tragedia y la muerte en vida de Nicanor.

Infinitas son las circunstancias que se tejen hasta formar un sentimiento, sobre todo si tal sentimiento es extremo. El odio que Nicanor profesa a su mujer se formó al calor de las más aisladas contingencias. Quizás esa suma de pequeños detalles culminó en una escena humillante, acaecida varios meses atrás. Lo cierto es que, desde tan aciago momento, la repulsión física que por ella sentía terminó por invadir el campo de lo puramente espiritual. No era solo el instinto de conservación lo que operaba en el pobre Nicanor, sino que, desdichadamente, una reacción de pudor moral. Ella, media naranja (?), quiste de grasa, movida de su pasión devastadora pretendió desposeerlo de su responsabilidad de varón, sabiendo perfectamente que en esa comarca los hombres todos se mueven condicionados por una concepción muy estimable y muy estricta de hombría. Ella, maldita mil veces sea, irrumpió en una refriega en que dirimía, apoyado en el argumento del filo de su machete, sus derechos de posesión sobre unos puercos cimarrones. En la confusión provocada por la entrada de su mujer en el combate, el contrario alcanzó a acomodarle, en el hombro izquierdo, un tajo profundo. Luego sufrió la vergüenza inaudita de contemplar al contrincante en el suelo, derribado por obra y gracia de los brazos-boas de ella. Pero allí no paró el asunto. Salió después en triunfo con la camisa tinta en sangre,

JOSE MARIA SANCHEZ B.

sobre los amorosos brazos de su mujer, camino del rancho lejano en medio de las miradas hondísimas de tres indios espectadores. Odio, eso era lo que sentía por ella. Además, miedo, espanto de entrar a su casa y encontrar dos brazos, profundos como un abismo, tenebrosos como una agonía.

A filo de relámpagos salió Nicanor de su meditación. La laguneta, al lado de la cual la noche lo sorprendió, estremecía a cada estampido la linfa cárdena, tumefacta de lodo. Levantábase un jadeo de frío que se apoderó de la garganta de Nicanor y le trajo la angustia de su bronquitis crónica, negra a limaña que le arañaba el pecho a cada golpe de tos. El sendero que serpeaba al lado de la charca, convertido poco a poco en una vena de agua, saltó el dique del tronco en que sentaba Nicanor su tristeza. Dios del cielo! El monte se desangraba partido por los relámpagos. Los capachos gemían en la espesura que lloraba lágrimas de sangre blanca descendiendo en alud desde los cerros y las copas de los árboles. Pujaba el río la amenaza de la creciente. Otro relámpago, otro. El último alumbró a Nicanor, parado en medio del camino, con la boca plegada en un gesto radiante. En el cielo no se alcanzaba a contar los truenos. Llovía, llovía torrencialmente. Muy lejos los caracoles anunciaban desde los caseríos la cabezota de agua que bajaba.

Llegando al rancho se sintió invadido por el rumor de la quebrada que anunciaba un caudal extraordinario. Sonrió satisfecho al penetrar sigilosamente en la casa. Del alto jorón sacó sus enseres de cacería, y, además, un bultito redondo que introdujo en la "chuspa" de hule. La puerta abierta enseñaba el ciclo cruzado de latigazos de fuego. En

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

el jergón, un candil prendido alumbraba y daba al cuerpo echado actitudes infantiles. Un pequeño movimiento transformó a la mujer dormida en una montaña imponente de carne. Con calma el hombre vació el carburo en el depósito de la lámpara. Las piedrecillas, calentadas por la humedad, cayeron con estrépito en el tanque, levantando un polvillo afilado que se le coló en la nariz. Roncó con disgusto y alarma. No lo pudo evitar. Una tos como un crujido apagó el candil. En la oscuridad insistió el acceso. Maldiciendo con toda su alma, rasgó un fósforo y lo acercó a la mecha. La luz enseñó a la mujer incorporada sobre un brazo.

El hombre, cadavérico del susto, contempló la cara mofletuda. Reaccionó y terminó de cargar el tanque sin contestar la mirada interrogante de ella. Una voz delgadita, incongruente, salió del cor-pachón.

—Onde vas con la noche tan fea?

Tembloroso, contestó que iba a asegurar las canoas. La mujer le sonrió,— maldita sonrisa —y le hizo señas de que se aproximara. Apretando los dientes recibió en el bigote un beso blandito. Salió hacia la noche.

Frente a la luz de la lámpara de carburo, el agua blanqueaba como una tela de mosquitero. Con la brisa fría que agitaba las hojas venía aún la advertencia de los caracoles.

Avanzaba a grandes trancos. El suelo y las hojas secas se deshacían, se movía la tierra licuada descubriendo las raíces de los árboles. El Talamanca bajaba en alud.

Frente a una peña, Nicanor detuvo la marcha. Hurgó en la "chuspa" y sacó el taco de dinamita. Alumbrando cuidadosamente buscó un cuenco apropiado en la roca y acomodó el pequeño instrumento de destrucción. Con los labios fruncidos en rabiosa determinación, prendió la mecha y se retiró a larga distancia. La culebrita de fuego avanzó hacia la mole. Al otro lado bajaban en carrera enloquecida los árboles desplazados por la creciente. Un resplandor de fragua, y en la vegetación retumbó un trueno más. El barranco y la peña, pulverizados, abrieron paso a un nuevo río que se precipitó hacia el cercano rancho de Nicanor.

La madrugada sorprendió a Nicanor dándole lumbre a la última pipa de la jornada memorable. Triste madrugada de creciente, huérfana de pájaros. Aún caía el aguacero. El rostro de Nicanor se había transfigurado, con una expresión de infinita paz. Apagó el fulgor helado de la lámpara el subir la trocha que conducía al caserío de la loma.

Con la visión de las casas relacionó la imagen de Carmen, una chola que no era por cierto muy joven, pero, oh felicidad impagable, flaca como un grillo. Se distinguían siluetas en el umbral de los ranchos. De pronto, todas hicieron gestos alborozados. Nicanor disminuyó la velocidad del paso, desagradablemente inquieto. Casi enseguida entró en franca agonía. En uno de los ranchos se perfilaba, rotunda, su mujer. Dios! Se salvó. Tosió Nicanor. El pecho le silbó desastrosamente. La espalda se dobló, la vista se tornó vidriosa. Como un gorjeo le llegó la voz maldecida de la mujerota, babeante de felicidad. Cerró los ojos con resignación al caer en los brazos amantes. Luego, "crack!",

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

un sonido apagado, humildísimo. Sucedió lo que nadie podría evitar. La pasión de su amantísima mujer quebró, como si hubiese sido de cristal, su cuello indefenso de palúdico.

Ante el espanto de todos los vecinos, el cuerpo sin vida de Nicanor sonrió a la lluvia.

1939.





PUEBLO - PUERTO



“Sería bello ir por las calles con un cuchillo verde y dando gritos hasta morir de frío.”

Pablo Neruda.

Ese funcionario público tiene un zumbido adentro y sería necesario invocar la piedad de Dios para que lo ayude. No, no es justo. Por lo demás el día penetra en los anchos ventanales de la oficina, vibrando en la perspectiva encalada de las paredes.

Ese problema de la irritación le concede al señor Fiscal del Distrito una prestancia majestuosa, una excusa para escupir con asco y dar gritos estentóreos en el recinto de la estancia judicial. El distinguido ciudadano está deshidratado, vale decir en términos callejeros, ‘engomao’. No es raro. En él eso se ha convertido en una circunstancia permanente, en una forma de expresar la derrota progresiva de los nervios. Y, como a muchos de sus conciudadanos, la nefritis se le insinuaba en la bolsa macabra de los párpados.

De pronto abandona el escritorio. Se trata, parece mentira, de la crueldad del retrato situado

JOSE MARIA SANCHEZ B.

debajo de la lámina de vidrio, mirando como desde una mampara los gestos grotescos de esa generación de funcionarios públicos. Oh, cuánto veneno destinado a ablandar las entrañas! Una desesperación frecuente le penetraba bien hondo. Entonces rasguñaba la superficie del vidrio y el gesto idiota de aquella mujer riéndose. Al caminar por la estancia, miró de soslayo la figura flaca del secretario, un funcionario de gustos anacrónicos que coloca debajo de las láminas de vidrio retratos con mujeres riéndose, obscenas a fuerza de sonreír, y lo que es peor, anunciando el Tricófero de Barry. Malvado! Como si a él se le escapara la intención del gesto. Se necesitaría ser cretino y no darse cuenta de lo sutil que es a veces la bajeza del hombre. Ese individuo conocía de antemano la náusea que le producían el Tricófero de Barry y la sonrisa idiota de las mujeres de principio de siglo, que llevan en sí el germen de las más amargas derrotas. Maldito secretario. Envidioso! Saboteador. Esa circunspección, ese gesto desabrido de los anteojos! Con un suspiro baja las gradas de la Fiscalía y gana la calle mareada por las casas torcidas. Afuera el sol supera la crueldad del secretario del señor Fiscal del Distrito Judicial.

Hay calles que atemorizan. Están llenas de un airecillo sepulcral, y es que hay calles que son cementerios. La calle es una cosa convencional que puede dirigirse hacia cualquier lado. Por las calles se puede ir a la derecha, a la izquierda. Por las calles también se va hacia los otros dos lados (?) Pero hay calles peores. Hablo de la calle muerta, de la calle que no camina, de la calle que asiste con fruición a la muerte de las casas, de la calle que se estanca como un pantano, odiosamente inmóvil, pre-

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

sintiendo el crujido inevitable de los techos, muy satisfecha del festín de las polillas y de los clavos oxidados de un espantoso color suicida, esperando el derrumbe, poseidos del fatalismo que presta a todas las cosas la circunstancia inapelable. Por eso hay casas que tienen líneas derrumbadas y calles cementerios, y, en un sentido más general y más dramático, hay fiscalías que son cementerios, fiscales que sofocan angustias innecesarias.

Y por la calle aplastada por el sol, por ese monstruo a cuyos lados la perspectiva de las casas cae vencida bajo el azul del cielo, camina el Fiscal. Arde la lengua, la garganta. "Pueblo trastrocado!" Al decir esto, el Fiscal se detiene frente al cadáver de una casa. El diagnóstico, entre dramático y regocijado, salió trasudando amargura. Despaciosamente se acerca a la casa absurda. Es una cantina y el sol levanta, inflado, el golpe de las sienas.

Las cantinas de los pueblos tienen en los rincones, debajo de las mesas, de las sillas aflojadas pero cordiales, un aire impúdico, rechinante. Está allí, disuelto en las miradas húmedas de los hombres, mezclado al vuelo de las moscas. Además de eso existe un ambiente surcado de emanaciones violentas, un olorcito circunspecto en ciertos parroquianos y un chorrillo agrio que habita en la semi-oscuridad del retrete, lombriz de sonido subiendo por los oídos hacia la masa del cerebro. Al lado de una ventana se sienta el Fiscal del Distrito Judicial. Es un reservado pequeño.

La goma retrocede hasta el reducto último de los nefridios. La cortina, como la de todos los reservados, es apenas un gesto fallido de discreción.

JOSE MARIA SANCHEZ B.

La calle, siempre la calle, monstruo devorador del equilibrio, cubierta de un pelaje amarillo-verdoso. Esa hierbilla que crece en la calle de los pueblos-puerto, posee una belleza humilde y está sujeta a los acontecimientos más inesperados. El día menos pensado, ocurre que en las raíces se estremece algo. Es terrible porque significa la muerte más humillante para cualquier hierbilla precaria. Queda seputada y . . . hace su bella aparición un cangrejo. Oh, los cangrejos! Frente al señor Fiscal se pasea uno. Es delicioso al mediodía el espectáculo de los cangrejos. Les relumbra el carapacho y sobre todo, esa manera tan graciosa de caminar que, aunque parezca mentira, no es para atrás. Este cangrejo, dueño de una boca desmesurada, se complace en abrirla, expresando quizás una forma desconocida de apetito. Cuánta boca para un solo cangrejo! Cuántos cangrejos para tantas bocas! Cuántas bocas y cuántas vacas! Cuántos Toros y cuántas Bocas! Cuántos cangrejos hay en Bocas?

De repente el estómago del señor Fiscal se encoge. Cuando esas cosas suceden, un frío de hielo penetra hasta los huesos y el pecho produce una disnea angustiosa. Sin embargo no ha ocurrido nada extraordinario. Es que, así, entre el revuelo de las moscas, se ha interpuesto la sombra temida de un hombre. Baja, con la luz y el dolor de los nefridios, el zumbido de adentro. Una zeta que se proyecta hasta el infinito . . .

La parte más sensible del señor Fiscal del Distrito Judicial lanza mensajes de angustia. Hay algo terrible en la atmósfera y la bolsa de la vejiga manifiesta una emoción molesta. Humillado, pero con la frente levantada, abandona el reservado el señor

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

Fiscal, camino del retrete. De pasada suelta un escupitajo injurioso contra la presencia del hombre terrible, esparcido sobre el suelo en una gran sombra.

Regresa el señor Fiscal a su reservado. Contempla dolorosamente la calle. El carapacho de los cangrejos brilla en la puertas de sus madrigueras. Adentro, el mar que concede y que no concede, hace un refrigerante: Glú, Glú, Glú. Qué cosa tan inestable la de los pueblos-puerto! Tan solo una delgada costra que separa la hierbilla y los congrijos, del mundo poético del mar . . .

—Buenas tardes, Licenciado!

La voz sacude como un latigazo al funcionario. Dios, está allí, al lado, EL, pavoroso y cordial!

El funcionario comprende con terror que ese hombre va a seguir hablando, sin darle tiempo de formular una advertencia.

—Una cerveza.

Qué asco! Tiene los dientes manchados de nicotina. El Fiscal sonríe a una idea interior. De súbito la sonrisa se le hiela en los labios, y es que una mujer cruza en la calle, frente al reservado. Pasos menuditos. Nalgas de gelatina. Esa nariz de mulata, arremangada para dejar mejor acceso al beso. Esas perlillas de sudor, sobre los labios, verdadera fiesta para las preferencias de tipo troglodita del bigote del señor Fiscal del Distrito Judicial. Esas . . .

Maldita. Ha cruzado una mirada relampagante con . . . él. Oh, esos dientes grandes, blancos, caballunos!

JOSE MARIA SANCHEZ B.

No es posible. Hay algo muy grave que está fallando en ese sistema tan elemental. Porque no se concibe que ese individuo llegue a un reservado y como un señor cualquiera pida:

—Una cerveza.

Las moscas vuelan vibrantes en un rayo de sol. En el retrete un parroquiano está parado frente al chorrito agrio, poseído de una seriedad melancólica.

Silencioso el Fiscal traga cerveza y contempla de reojo al rival. Está de más decir que en el calor del mediodía, asume proporciones astronómicas aquella terrible interrogante: CUANTOS CANGREJOS HAY EN BOCAS?

Esa perplejidad existe aunque parezca mentira y no es otra cosa sino consecuencia de la sagacidad del Fiscal, quien, por caminos del más estricto razonamiento, concibió una nueva técnica amatoria. Es que hay palabras oscuras, resbalosas como serpientes de luz azulada, que incendian la nuca y las espaldas de las mulatas. La voz, vehículo de toda emoción, transporta ese veneno que ataca las fibras más íntimas de la mujer. Es tan sencillo el mecanismo! Supongamos un escenario que posea estas tres características: el mar, la luna, los cocoteros. Esa luna que, inevitablemente, es un factor AFRO-DISIACO. Entonces ella y él. El y ella. Frente al paisaje encantado por la luna incurren en el pecado siempre renovado del deliquio amoroso. En tal oportunidad, pues, se adopta un tono de voz venenoso, liberado de debilidades románticas o de tremolos de súplica, más bien una abierta sugerencia de virilidad y de potencia masculina, y en la oreja

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

de la víctima se deposita una palabra clave. Ejemplo:

—Caimitos!

He aquí en donde se fundamenta el mecanismo de la técnica amatoria del señor Fiscal del Distrito Judicial. Una vez dicha la palabra símbolo en un tono de voz adecuado a las delicadas circunstancias, se establece una secuencia de estímulos y de reacciones que operan mecánicamente. La palabra “caimitos” tiene cualidades más o menos reveladoras. Posee redondez, color, gusto. Esa característica de la redondez abre una perspectiva de sugerencias altamente estimulantes. El color, que es morado, es un color profundo, de monte, de trópico, de ojeras, de piel mulata, de abrazo estrecho. En cuanto al gusto, hay una cosa pegajosa y punzante de beso, de dientes entrechocados, de labios generosos.

Como bien se puede ver, no hace falta ser un experto en cuestiones de táctica amorosa para comprender que la imaginación de la mujer, frente a esa palabra tremenda, se deslizará inevitablemente por los caminos del presentimiento. Claro, la reacción no puede ser más sencilla: entrega. Pero no. Este imbécil, este rival en los favores de una mujer, se sienta en un reservado y con una voz inofensiva, castrada, de púlpito, suplica al camarero:

—Una cerveza.

Pasan, vienen, se van las cervezas. La estantería arde. La calle se apacigua en el crepúsculo. Es muy dulce el rumor del mar en las cuevas de los cangrejos. Los rivales han alcanzado ya ese plano de confianza en que los hombres se miran estúpidamente, cara a cara.

JOSE MARIA SANCHEZ B.

Desdichadamente vuelve a pasar la mujer con la gelatina de su caminado. Mira hacia ellos con una mirada encendida. Jum... esos esos tienen algo. De pronto recuerda el Fiscal que ese hombre sentado a su lado le ha birlado la novia. Lleno de ira grita:

—Idiota!

Cuando esas palabras son dichas, los hombres se levantan de las sillas. Aprietan los puños. La respiración se acelera. Los labios se encogen, los dientes relumbran con ferocidad. Hay a flor de boca un gruñido roncador . . .

—Convénzase, señor Licenciado, eso que le digo encierra una gran verdad.

Permanecen unos momentos en silencio. El Fiscal se chupa delicadamente el labio superior. Es francamente absurdo, pero el puñetazo que le propinó el otro le sitúa un gesto ligeramente sonriente en el rostro. Cruzaron dos o tres golpes en la intimidad del reservado, sin mayores consecuencias. Una silla aparece en el extremo del reservado, completamente muerta, despedazada por la ira de esos dos hombres grandes y fuertes.

—Licenciado, después de todo, lo felicito. Pega Ud. muy duro.

—Gracias, igualmente.

—Gracias. Bueno, volviendo a lo que decía. El azulejo, por ejemplo, busca a la azuleja. Fijese. Siempre es una azuleja y ponen huevitos azules. Si un azulejo busca a una "sangre de toro", se produciría una combinación de colores que afectaría no

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

solo el pigmento de los huevitos sino la lógica del trópico que combina azulejos con azulejas, “sangre de toro” con “sangre de toras”, digo, toros.

El Licenciado está destrozado de dolor. Ese hombre habla con tanta indiferencia de cosas que le conciernen a él en una forma tan profunda. Para colmo de males siente venir la confianza del rival.

—A Ud. le gusta esa mujer, señor Licenciado?

Cogido de sorpresa la cerveza se le atraganta al funcionario. Un golpe de tos le sacude la caverna del pecho.

—Sí, yo lo sé, Licenciado. Lo que pasa es que Ud. esperó demasiado. La mujer no puede desfallecer indefinidamente. Hay que escoger el momento oportuno y atacar a fondo, sin vacilaciones, libre del temor al fracaso.

—No, eso es demasiado brutal!

—Puede ser brutal, Licenciado, pero es la única fórmula de carácter positivo.

—Un momento. Esa fórmula es archiconocida. No es suya.

—Claro que no. Esa es la fórmula de Stendhal.

—Stendhal?

—Sí, Stendhal.

Lleno de sorpresa el licenciado contempla la cara borrosa del otro hombre.

—Quién diablos es Ud.?

—Fermín Vega para servirle.

JOSE MARIA SANCHEZ B.

—Qué hace Ud. aquí, en este pueblo?

—Yo nací aquí.

—Pero, por qué vive aquí?

—Porque yo nací aquí.

—Esa no es una razón convincente. Ya me parece que Ud. debe tener un secreto vergonzoso.

—Señor Licenciado, Ud. también debe tener un secreto.

Llenos de odio se contemplan. Un estremecimiento vibra en los anaqueles. Afuera corre un viento desapacible. Revienta un trueno.

—Licenciado, es preciso que nosotros dejemos de odiarnos. Hace tiempo que deseo su amistad. Ud. le concede demasiada importancia a su fracaso amoroso y por eso alimenta un odio contra mí que no guarda proporción con las causas que plantearon su derrota.

El trueno se acerca. Grandes goterones martillean el techo.

—Es una cosa muscular, licenciado. Recuerde los huevitos de los azulejos. Es decir, armonía, equilibrio, gama racial. Aparte de la fortaleza física existe cierta incapacidad racial para la tónica de los músculos mulatos. Es una cosa vinculada al pigmentario y yo, Fermín Vega, poeta y mulato, encajo con toda perfección en ese sistema muscular.

Ahora es definitivo. Lluve a torrentes. El mar se duerme. Los cangrejos también.

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

—Bueno, Licenciado, confieso que me siento muy contento porque ella es, en medio de todo, un elemento agradable y, sobre todo, a-tem-pe-ra-dor. Verdad que está muy buena, licenciado?

—Muy buena, Fermín, muy buena.

Es curioso. Una ternura cálida invade al señor Fiscal. Se siente de pronto víctima de las circunstancias más adversas y dramáticas. Quién es él, Fiscal del Distrito Judicial, mísero engranaje en la tragedia del trópico para desafiar sus leyes inapelables? Allí está el zumbido, ancho como el delirio, ancho como el mundo. El zumbido es la penitencia, el zumbido es la voz de Dios.

—Señor Licenciado, yo tengo un zumbido adentro.

Un trueno raja el firmamento. Es una suerte porque no se ha podido escuchar la palabra indecente del Fiscal. Lleno de rabia rechina los dientes y contempla a Fermín con asombro. Acerca su rostro. Pregunta:

—Fermín Vega, quiere Ud. hacer el favor de decirme qué es un zumbido?

—El zumbido es el primer síntoma de la inapetencia. Eso ocurre cuando el estómago pierde por completo el dominio sobre el hombre. Explico: si el hombre se supera, huye con asco de la condenatoria biológica y busca en los simples lugares comunes la “decencia humana”, el estómago pierde su vigencia puramente vegetativa. Es un fenómeno de superación. No importa que los hambrientos inveterados de por ahí se preserven de la alarma

con palabras injustas y digan que: 'allí va un hombre loco'. No; es que un estómago ha perdido su dueño y un apetito ha invadido el terreno de lo espiritual. Está claro?

—Fermín Vega, no en balde es Ud. poeta y mulato. Ud. no ha sabido explicar lo que es un zumbido.

—Tenga paciencia licenciado. Yo tengo un zumbido y la culpa la tiene el caracol.

—Qué caracol? No me venga con eso, Fermín Vega. Me consta que el zumbido proviene directamente de la trigonometría.

—Señor Licenciado, voy a explicar las cosas siguiendo un orden rigurosamente lógico. Yo estoy aquí por dos razones fundamentales: la primera, porque soy escritor y he regresado a mi pueblo natal a planear mi destino y el de los personajes de mi creación. Quiero decir: he venido a soñar y trazarme un destino mejor porque aquí, licenciado, habré de recuperar mis sueños originales, y, con ellos, mi destino original, el verdadero. Sería como volver a comenzar. La segunda razón es de tipo muy personal. Yo le huyo, licenciado, a la probable e inoportuna traducción de una palabra que es terrible como una llamarada. Pero es necesario que le cuente mi vida.

Pasan, vienen, se van las cervezas. Pobres cangrejos, inmóviles en las cuevas, bajo la noche y el aguacero. Tendrán frío?

—Yo nací aquí, licenciado. Se ha dado cuenta de la belleza triste de este pueblo de mar transparente, de nubes blancas, que agoniza dulcemente

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

entre las olas? Este pueblo es gris, de ese color que presta a todos los objetos la fatalidad. Gris era mi casa. Gris era el amor de mi madre y de mi padre gris.

—Fermín Vega, venga el caracol!

—Oh, el caracol. Lo encontré cuando era muy chico. Esa posesión data de la época heroica de la infancia, tan bella y tan abundante en aventuras de botecitos en la bahía, en gritos de combate que estremecían de emoción los altos tambos de las casas. —Sandokaaaaaaaan!— Un día lo encontré tirado en una playa. Dominado por el presentimiento acerqué el oído a la hendidura del molusco. Quedé embelesado. Luego en la casa, con la cara encendida por la última aventura corrida en los tambos, escuché la más bella de todas las músicas: la música del mar.

—Qué tiene que ver el caracol con el zumbido?

—Mucho. Años después, cuando estudiaba en la capital, sufría de una nostalgia insoportable. En lo más hondo de mi imaginación había perfeccionado el sentido de la música del caracol hasta convertirlo en expresión de un paisaje exótico, lleno de ruidos característicos. A veces el sonido se transformaba en el rugido de un cuerno de caza. Otras, asemejaba el rumor de un viento indescriptible que silbaba en bosques de pinos. Adentro, a gran distancia, se adivinaba un mar tempestuoso. Cerraba los ojos y me veía transportado a un lugar desolado y terrible pero al mismo tiempo familiar. Bueno, Gloria me hizo olvidar más adelante mi música, mi paisaje y mi caracol.

—Gloria.

JOSE MARIA SANCHEZ B.

—Sí, Gloria. Yo, claro, estaba para ese entonces transformado y el caracol lejos, en mi pueblo natal. Gloria era extraordinaria.

—Gloria.

—Sí, Gloria. Créamelo, licenciado, hay dimensiones de pesadilla en el beso de ciertas mujeres. Quiero decir que cuando Gloria besaba, se fundían de la manera más lamentable los planos lógicos de las cosas. Uno se decía: no, no es posible, eso no existe. Me refiero, desde luego, al beso. Aquello era estupendo.

—Fermín Vega, qué fué del caracol?

—Voy a eso. Gloria se fué. Un día empezó, de la manera más inesperada, a usar el temible léxico del desamor. Me abandonó y, llevado de la influencia nefasta de sus besos, me entró la manía de encontrar una perspectiva de sorpresa hasta en las cosas más humildes, y claro, me transformé realmente en YO, en lo que soy, Fermín Vega, poeta y mulato. Dos o tres días después me atacó la primera pesadilla.

Ha cesado de llover y una luna, gris todavía por la llovizna, lame los charcos de la calle. Adentro, en la sombra de los patios y los tambos, la humedad hace gárgaras en la garganta de los sapos.

—Cada día, licenciado, las pesadillas eran peores. El caracol tuvo la culpa. Como ya le dije, con esa facultad extraña de destruirme la lógica y el razonamiento a través del beso, Gloria me transformó el sentido de la existencia. El caracol, mi más preciada posesión, el recuerdo más hermoso de

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

la infancia, representó un terror que no conocía límites. Poderosa como un trueno una palabra recorría los pliegues del molusco. Esa palabra resumía por razones que escapaban a todo razonamiento, una vocación de violencia transportada en el tiempo y la distancia. Yo, Fermín Vega, poeta y mulato, era el depositario de ese conjuro. Fué en vano que una noche, temblando de miedo, arrojara el caracol a las aguas de la bahía. Esa palabra se grabó con caracteres de fuego en mi cerebro. En ella parecía recobrar realidad un grito admonitorio, un retumbo de mar nórdico, de bosques de coníferas, de cantos de barbarie y de guerra. Licenciado, yo guardo celosamente el secreto de esa palabra. Es más, ignoro a qué idioma pertenece. A veces, en la noche, me acometen las sospechas más disparatadas. En cierta ocasión la impresión fué tan horrorosa que me ví obligado a cerrar los párpados. Blanco y transparente, un pie caía desde el borde de mi cama, creciendo en la sombra como una flor fosforescente. Hice entonces preguntas locas en la soledad del cuarto: eres tú, abuelo... primo... bisabuelo? No, era imposible que ese pie formara parte de mi cuerpo. Una presencia de ultratumba, sin edad, sin verdadera consistencia material, reencarnaba entre las sábanas y mis piernas. Desdichado destino el mío! Creí enloquecer de miedo y lancé un alarido. Acudió mi madre. Sonriendo con dulzura me enjugó el sudor de la frente. Después me estrechó contra su pecho hasta que se calmó la carrera desenfrenada de mi corazón. Por eso, Licenciado, vivo aquí, en este pueblo gris. Sería horrible escuchar esa palabra en los labios de un hombre vivo. En la capital, cruce de todos los idiomas y los caminos del mundo, habría gran oportunidad de que eso ocurriera. A mi

me basta con el presentimiento. Esa palabra tiene que ser una orden fulgurante. Temo desentrañar su sentido apocalíptico.

El Licenciado, profundamente afectado, contempla con ojos de admiración al poeta. En su interior hierve una lucha de emociones contradictorias. Acometido de una oleada de tristeza palmea la espalda del otro. Una lágrima desciende de sus mejillas. Fraternal y conmovido, habla:

—Hermano, querido hermano.

Eso es demasiado para el poeta. Lloran en silencio. Lloran los dos. Van, vienen, se van las cervezas.

El licenciado clava los dientes con violencia en una tabla podrida del reservado. Escupe poco a poco trocitos amargos de madera y cuenta:

—Es mejor que desahogue mi pecho, poeta. Porque solamente un amigo, un hermano en el infortunio del zumbido interior, comprenderá la agonía que desde hace años envenena mi pecho. Fermín Vega, yo también tengo un zumbido adentro.

Magnífica luna de los pueblos-puerto. Blanca, plateada, pintura para la desolación de las casas vencidas. La luna huele a mar, a claroscuro, a casa vieja bajo la fiesta de los luceros y de la noche. Van, vienen, se van las cervezas.

—Poeta, Ud. sabe lo que es triangular?

—Lo que tiene forma triangular?

—No, Fermín Vega. Me refiero a triangular, al acto horroroso, torturante, increíble de triangular.

—No lo sé, licenciado.

—Pues yo se lo explicaré. Triangular es el acto de ligar con triángulos los puntos de una comarca para hacer su plano.

—No entiendo bien, licenciado.

—Dicho eso así, no pareciera tener mayor importancia. Podría decirse que no tiene nada de horrible el acto de triangular ya que se trata de un inofensivo acto matemático. Muy bien. Suponga usted por un momento que tiene tres amigos muy queridos, que alterna diariamente con ellos, que comen en la misma mesa, que viven en la misma casa. Supongamos, además, que usted, estudiante de Derecho, es decir, de todo cuanto esté en el más completo divorcio con las disciplinas matemáticas, busque por necesidad el Código Administrativo. Pero claro, no lo encuentra. Alguien lo tiró en cualquier parte y en el mismo sitio hay el estudio topográfico de un odioso terreno ya que, como ya lo habrá adivinado, los tres son estudiantes de ingeniería. Después resulta que a la hora de comer uno de los queridos compañeros mantiene una conversación deliciosa, más o menos en estos términos: “el ángulo de intersección de dos tangentes es el suplemento del ángulo central cuyos lados pasan por los puntos de tangencia; y el ángulo externo formado por una tangente etc., etc., etc.” Muy bien. Por razones de antigua y sincera amistad, uno escucha cosas tan amables como estas, por espacio de seis años. Qué sucede al final, querido poeta? Odio. Eso es. Odio a la geometría, a la trigonometría, a todos los lamentables ingenieros del mundo que hablen de cosas tan repulsivas. Cuando salí de la capital, créamelo,

JOSE MARIA SANCHEZ B.

no le huía a los amigos en sí, le huía a la trigonometría que se había salido de madre y amenazaba con ahogar en sus aguas procelosas la humildad de todos los actos de la vida cotidiana. Este pueblo con sus casas torcidas me salvó por contradicción, mejor dicho, por representar la antítesis más rotunda al clima de pesadilla de la capital. Solo hay una cosa que me molesta: la estructura de la Fiscalía. Se ha fijado, poeta? Sus paredes de cemento blancas, rígidas, me recuerdan todo cuanto más odio en el mundo. Es ese mi secreto, poeta.

Permanecen un largo rato en inmovilidad. Luego abandonan la cantina estrechamente abrazados. Afuera, en la calle, los cangrejos huyen frente al poeta y el licenciado. Se acercan a la orilla del mar. Sobre unos peñascos se sientan y contemplan la inmensidad de la bahía bajo la luna.

—Licenciado, una vez un poeta dijo una frase inolvidable: "*PIOJOS, PIOJOS, PIOJOS, ATACANDO LA SAL*". Es bella verdad?

—Bella, bella, poeta.

—Tiene la belleza de una bofetada para todos los habitantes hambrientos del mundo. Hambrientos, desde luego, en una forma muy distinta al hambre verdadera de los humildes. Debe ser inmenso el zumbido interior de ese poeta.

—Inmenso.

El Licenciado contempla el agua plateada. Golpea la ola con un suave murmullo. De pronto se para y camina tambaleándose hacia el mar.

Oh arena de plata! Quién pudiera descansar en el fondo del agua y mirar el cielo eternamente.

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

Ser arena de plata y tener un horizonte de conchas y de peces.

—No!

El grito del poeta rueda entre los peñascos. El licenciado avanza llamado por la frescura del agua. Oh, es delicioso! Los oídos recogen el sonido del mar.

—Licenciado, no.

Los peñascos se empinan, asombrados.

—La muerte no puede venir así, licenciado. Es preciso aceptar el destino de los fuertes. Guerra, licenciado, guerra al pequeño-burgués, al piojo!

Es como tener alas. El peso humillante de los pies se disuelve y hay una nueva dimensión que se adueña del equilibrio, destruyendo la actitud del hombre que anda por el mundo erguido ridículamente sobre dos piernas y dos pies. Una pequeña ola le baña la cara. El agua salada penetra en la nariz quemando la mucosa. Avanza otra ola más grande. El funcionario tuerce la cara. Sin embargo, fortalecido por una decisión feroz, sigue avanzando de cara a la ola. El agua llega. Penetra con furia por las ventanillas de la nariz. Una sensación dolorosa, comparable solamente a la crueldad de un tornillo candente que desgarrara la masa encefálica, hace cambiar de resolución al Fiscal. Despaciosamente regresa a los peñascos. Se sienta jadeante. Mirando al compañero dice:

—Poeta, se impone la defensa de la sal!

JOSE MARIA SANCHEZ B.

Sus manos fuertes esbozan, en los pulgares, el gesto de aplastar piojos.

—Licenciado, mire!

El poeta señala a lo lejos, entre una distancia de techos y de palmeras, el edificio de la Fiscalía, monstruo encalado, pesadilla en blanco, incubadora de piojos y de alegatos alucinantes. Cruzan los dos hombres una mirada terrible y se lanzan a caminar las calles, chapoteando en los charcos que reflejan la luna.

La Fiscalía se eleva en la noche. Los dos amigos se acercan. Improvisan unas teas. Una sonrisa de gozo alumbra la cara del Fiscal. Acerca la llama a unas escaleras que parten derechas y perfectas hacia arriba. Fermín Vega, poeta y mulato, se planta en el umbral del edificio. Hay una pequeña conmoción en la calle. Llegan hombres corriendo al grito de: "Fuego, fuego!" Pálido, magnífico, el poeta grita a la muchedumbre congregada:

—A U F H E B U N G !

El Fiscal suspende por unos segundos su tarea de purificación. Busca con ansiedad entre los rostros de los espectadores la cara de zarigüeya del Secretario de la Fiscalía del Distrito Judicial. Un silbato de policía parte en dos el silencio del pueblopuerto. El secretario del Fiscal contempla burlescamente a su jefe. Arremete el Fiscal y grita:

—Piojo...PIOJO!

Un grito de agonía estremece a la muchedumbre. Sonriente el Fiscal arranca de cuajo la oreja

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

derecha del secretario y la escupe con odio. El poeta repite desafiante:

—AUFHENBUNG!

Fué tarea harto difícil reducir a los dos hombres. Un barquito se los llevó a los pocos días.

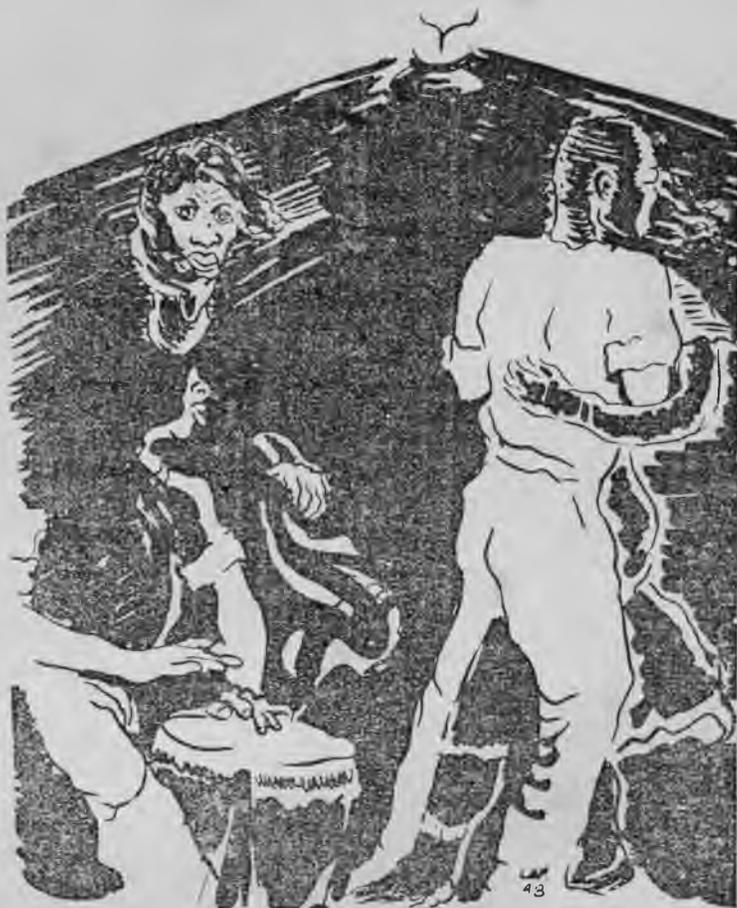
En la capital, después de un exámen minucioso, el médico confirmó el diagnóstico.

1944.





INO



Cae la noche. El grito de los “babillos” salta del bajarío, rasga el manto viscoso de la niebla. Se hincha el pantano en el canto de las ranas. A lo lejos retumba la caída de un árbol.

—Mama . . .

La voz llama bajito. Los animales del tambo se sobresaltan. Ladra Coronel.

—Mama . . .

Llueve otra vez. La misma rabia que muerde desde hace días en el monte. Los juncos del río, la jujuca temblorosa, se doblan bajo la inclemencia del cielo. Calla Coronel. Sube el palo escalonado un mulato de rostro lívido. Tirita. Los recios pies mueven el piso de jira. Entra al único cuarto del rancho y tantea con cuidado. Una mujer respira pesadamente. Sale otra vez al fogón y acerca la mecha de un candil al fulgor azulado del almendro que arde con un ronquido. Volviéndose hacia la noche, llama:

—Rita . . .

JOSE MARIA SANCHEZ B.

La muchacha es de cutis más claro, más lívido quizás. El pelo mojado cae en mechones sobre el rostro cruzado por la cicatriz de una vieja "picada de bejuco". La niebla ha envuelto el rancho. Coronel duerme apelotonado bajo el fogón. El mulato Anselmo sonríe al contemplar el sueño inquieto del perro. Debe soñar, reviviendo una aventura desenfadada de cacería. Puede, a lo mejor, estar soñando con Tana, la puerca parida. Esa mañana corrió tras de ella, haciéndole sangrar las orejotas. Tana, con los ojos verdosos de furor, aplastó el espinero de la quebrada defendiendo las pelotitas enlodadas de los lechoncillos. El mordía, mordía enloquecido por el sabor acre de la sangre. Anselmo apareció con unos "gajos" de guineo maduro y le dió de plano con el machete. Dolorido se retiró a media loma y desde allí le ladró con desconfianza a Tana.

Coronel, despierto, parpadea lleno de gozo. Un aroma de carne frita flota en el rancho. Se acerca al fogón. Apaña en el aire un pedazo de manteca de cerdo. Caliente lo devora. Menea la cola. Anselmo ríe bajito. La chola de cuerpo cuadrado y piernas manchadas de lodo sonríe también. A la luz del candil los dientes brillan blancos, perfectos. Anselmo se levanta y trastea en el cuarto. Una punta de luz baña el camastro. Obedeciendo a un impulso irrazonable se acerca a la cama:

—Mama.

Respira la mujer con un estertor desgarrado. A pesar del frío y de la lluvia un sudor pegajoso baña la frente de la durmiente. Casi en voz alta dice:

—Ta jumada.

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

Sale del cuarto con una muda seca de ropa. Volviendo la espalda a la chola se desnuda. El vello oscuro del vientre brilla en la luz amortiguada del tronco prendido. Ella se aproxima y contempla sonriendo el vientre del muchacho. Se desnuda. Hábil, escamotea los muslos lívidos. Comen bajo el rumor constante del aguacero.

—Rita, el río lavó el maizal de mama.

Cesa de masticar la chola. Vuelve la vista con inquietud hacia el cuarto.

—Mama es buena.

Camina sin embargo con precaución. Alcanza un "tulo" de agua. Bebe y se enjuaga la boca llena de grasa. Mirando la niebla espesa, orina. Desde lejos suena un chaparrón. Sube, sube amenazador hacia las cordilleras.

Apaga la luz del candil y se acuesta al lado de la chola. Coronel gruñe tratando de escudriñar la noche. A pocos pasos de él, una fuerza de origen misterioso estremece la superficie movable del piso. Atemorizado se aplasta gimiendo contra la tibia pared del fogón. Un malestar viscoso le camina en las tripas. Cosas vagas, imprecisas como la noche misma, se apoderan del terror oscuro del animal. Parado en las cuatro patas se estira como un arco y vomita el pedazo de cerdo. Vuelve a gemir, desolado.

—Perro pendejo:

Calla Coronel. Brilla la luz inquieta de un fósforo. Anselmo se acerca y prende el candil. Coronel lo contempla con ojos llorosos.

JOSE MARIA SANCHEZ B.

—Cómetelo!

El perro se echa con humildad. Levanta sus patas delgadas de monteador.

—Pendejo!

Obediente se traga el pedazo repulsivo.

—Abajo!

Baja Coronel al tambo. El viento silba colérico en las cañazas del pantano. Anselmo apaga la luz.

—Rita— llama.

La chola se acerca.

—Rita, el río se va a botar.

Como hablando para sí, agrega:

—Tana parió ocho lechones.

Rita le acaricia el rostro con sus manos ásperas. Cierra Anselmo los ojos. Bueno el calor de la hembra, buena Tana tan paridora. Cosas verdaderamente agradables, pequeñas o grandes, como la mujer y la puerca de vientre fecundo, sin embargo importantes, preciosas para la existencia de los mulatos. Lleno de ternura el muchacho se abraza con fuerza a la mujer. Llueve.

* * *

Se diluye el grito de los babillos en el pantano. La furia del aguacero se aleja, camino de las hondonadas y, con el pujido del río, crece el canto de las ranas. Los juncos abren paso a los babillos que regresan a sus madrigueras. Al borde de la montaña ladra Coronel, animado por los gritos de Anselmo. Rita, la chola joven, se peina las crenchas

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

brillantes. Una mujer sale del cuarto y mira con ojos embotados la figura de la chola peinándose. Sin decir palabra se acerca al fogón.

Rita se incorpora, escuchando con ensiedad el ladrido lejano de Coronel. Llena de timidez, murmura:

—Buenos días, Ino.

Sin volverse, saluda la otra:

—Buenos días, Rita.

El rumor del río pesa entre las dos, hinchado, profundo. Presa de repentina cólera se vuelve Ino:

—Te habei juntado con Anselmo?

La violencia del rostro disminuye ante el silencio humilde de Rita. La vieja está conmovida y termina:

—Por qué, Dios santo, por qué?

Cae, en las lomas más lejanas, un árbol gigantesco. Rita responde con voz clara, acercándose.

—Acaso no es hombre, pues.

Ino se encoleriza:

—No es eso, carajo!

La chola baja del rancho y contempla el cielo sin sentir la fría llovizna que se mece entre los árboles. El ladrido de Coronel se acerca hasta la quebrada, transformado en un gruñido de pelea. Al poco rato sube Anselmo la loma cargado de un caponcito, chapoteando en la vereda de lodo rojizo. De lejos le sonríe. La madrugada está llena de cantos de gallo. Rita levanta otra vez la vista y contem-

JOSE MARIA SANCHEZ B.

pla el cielo, las serranías. En el bajo Coronel le aúlla a la mañana triste. Tristeza de perro flaco, erizado, friolento.

—Mama, la quebrada se llevó el maizal.

Ino se obstina en un silencio huraño. Entra al cuarto y frente a un espejo se peina la lana canosa, reseca como nido de comején. Los alaridos del caponcillo llenan de rabia a la mulata. Busca en un baúl y saca un frasco de aguardiente. Como un río de lava el licor enciende las entrañas de Ino.

Piensa en Anselmo, en la autorización que le arrancó para celebrar una fiesta, ella que tenía un sentido tan severo de la economía. Pero hacía días que andaba con la cabeza trastornada, martirizada por un presentimiento sombrío que se esforzaba por desechar. Lo cierto es que accedió al deseo de Anselmo, solamente porque de un tiempo para acá lo sintió cambiado, rumiando a todas horas una preocupación que lo alejaba en una angustia de palabras obscenas y de exclamaciones injustas, excesivas. La madre asistía con miedo al despertar impetuoso del mulato. Empezó por esconder su sexo de muchacho cuando, terminada la faena del día, se cambiaba de ropa. Hurtaba a la vista de Ino su vientre plano, de vello dulce y suave como el plumón del grullo.

Con frecuencia lo miraba en el maizal, entre las hojas temblorosas del arrozal, erguido en su gesto gracioso de saltamonte, con el trasero negroide tirado hacia atrás, contemplando embelesado las figuras caprichosas de las nubes. De pronto sonreía a una idea íntima y dilatada como el resplandor del cielo.

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

Ahora está allí, actuando como un hombre hecho y derecho, sacrificando un animal para festejar a Rita, la chola de cutis lívido y de sonrisa ingenua.

La mujer se restriega con estupor las mejillas que el aguardiente dejó insensibles, flácidas como la piel del vientre de Tana. Acerca el espejo y se contempla los ojos. Feos, amarillentos, ojos de malárica. La visión se deshace en un río de lágrimas. Como un rosario inacabable repasa recuerdos, aferrada a un sentimiento de profundo desaliento.

Años y más años de frustración, cargados desde que era pequeñita. La imagen de los padres se diluye en la noche del tiempo y tan solo queda, disuelta en la distancia, la niñez, como un comienzo hacia desventuras más amargas que la soledad, las palizas excesivas, el frío de los días de invierno en el jorón podrido, la compañía estremecedora de alimañas asquerosas. La madre murió primero. El padre pereció en un baile, trabado en una estúpida riña de machetazos. Ya ella estaba crecida y quedó sola en su rancho. Zocolaba pedazos de la loma y sembraba maíz, arroz, frijoles.

Parecía todo tan lejano! Una vez un indio la aguaitó mientras se bañaba en la quebrada. Le rajó la cabeza de una pedrada. El maldito se vengó después con una calumnia. Pasándose las manos por el pecho, decía:

—No tiene na, cuñao. Tabla como tú, cuñao.

De allí nació la calumnia y ella se guareció en la soledad, llena de odio para con las gentes del poblado.

JOSE MARIA SANCHEZ B.

En cierta ocasión subía un remanso del río. Varias mujeres se bañaban desnudas. Llena de horror miró como todas se tapaban apresuradamente. Viró la canoa y regresó llorando con desconsuelo, perseguida por los gritos vibrantes de las mujeres:

—Marimacho! Marimacho!

Muchos años pasaron. Continuó en la loma, sola, con la lluvia, el grito del viento que sacudía las cañazas, los babillos, la quebrada de Shubsco. Shubsco pasaba en el bajo, lamiendo la loma con un acento limpio de peñas, de aguas cristalinas. Shubsco era un recuerdo amable de la juventud. Aún corre sobre su lecho de rocas. No se sabe en dónde nace. Quizás no nace, sino que, simplemente, corre filos, hondonadas, lomas. Viene de muy lejos y posee bellos arenales hirviendo al sol, agua limpia de las montañas, quebrada, reflejo de sol entre el follaje espeso. Las voces del monte parecieran reunirse y decir: el agua Shubsco, el sol Shubsco, la peña Shubsco.

Y de noche. Es un largo y suave gemido en la espalda oscura de la montaña. Entonces la luna, embellecida por las hojas, por el centelleo de los platanillos, por el canto de las cigarras, llega a Shubsco, humo plateado en el tronquerío, como si en las noches pobladas del grito lastimero de los animales ardiera el hojarascal con llama lívida, ultraterrena. Y claro, el milagro: la luna Shubsco. Remansos con peces deslumbrantes, peñas gorgoteantes. Animales nocturnos de ojos saltones, poseídos del terror fosforescente de la luna. Y Shubsco, corriendo eternamente limpia, un suave y largo gemido en la espalda oscura de la montaña.

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

Condición desgarradora de mulata, o en un sentido más dramático, más doloroso, condición de mujer. De noche se bañaba desnuda en Shubasco. El agua pulida de la quebrada refrescaba el cuerpo agarrotado por el trabajo del día. Sentada en un tronco contemplaba el agua encendida por la luna. Un dolor sordo rasguñaba en el hondón de las vísceras, y el canto nocturno de las cigarras musitaba cosas extrañas con una claridad alucinante: Ino . . . Ino . . . Sola . . . Sola . . .

Pasaba el tiempo inexorablemente. Episodios sueltos del frijolar que se renueva todos los años, la creciente que arrastró el platanal, cosas importantes que se proyectan en la conciencia y entraban días, meses, años. Los acontecimientos de mayor significación son a veces predecibles, por esa facultad de presentimiento y de auto-sugestión que poseen los solitarios. Se sienten venir, entre la voz del río, entre los gruesos troncos del bosque. Llegó así Antenor Rodríguez, un forastero de rostro sombrío, envuelto en una aureola inquietante. Desde el bajo saludó y pidió permiso para subir al rancho.

—Me llamo Antenor Rodríguez, a su mandar

Habló un rato largo. Era ya de noche cuando bajó al camino y se perdió en la oscuridad, agobiado con su historia sórdida de palanquero.

Volvió con frecuencia a charlar de anohecida. Hablaba siempre de los manglares y de la vida triste de los bogas. En las altas horas de la noche, los manglares murmuran cosas misteriosas. Los hombres que cruzan los esteros salados, bajo la brisa y la lluvia, sienten cantos de gallos en lo más espeso de los pantanos. En ocasiones es peor. Gentes de

JOSE MARIA SANCHEZ B.

cuerpo peludo avizoran el manglar, aupándole a perros con ojos de fuego. Lejos, muy lejos, se escucha el galope desenfrenado de una cacería.

Una noche trajo un niño: Anselmo. Contó que la madre pereció cuando trabajaba en los cacaotales de la compañía. Una viborilla "mano de piedra" saltó de una horqueta y le mordió el rostro. El veneno hinchó la cara hasta el punto de que los ojos se hundieron en los pliegues monstruosos de los párpados y la infeliz se perdió en el cacaotal inmenso. Dos días después el vuelo de las nonecas dió noticia de la tragedia.

Ino estrechó al pequeñín con ternura. Cerrando los ojos evocó la imagen de una mujer tropezando y cayendo en la soledad de un cacaotal, enloquecida por el zumbido de los grillos y las moscas.

Esa noche durmió con la criatura a su lado. Más adelante, Antenor Rodríguez durmió también en el rancho como dueño y señor. Apasionada, renovando sensaciones y presentimientos, estrechó contra su pecho la cabeza del hombre amado.

Antenor Rodríguez se fué un día sin despedirse, sin decir una palabra, sin una sombra de remordimiento en la cara sombría. Se marchó a los cacaotales a contar la vieja historia de los manglares, empujado por su vocación de palanquero vagabundo.

Al principio, trastornada por la soledad, bajó a las plantaciones en pos de la huella amada de Antenor Rodríguez, disuelta en la penumbra de los aguaceros tediosos, entre los campamentos que tiritan un frío cárdeno de malaria a la vera del ferro-

carril. Conoció de los jornales míseros, de la angustia de sentir el horizonte aprisionado por la simetría de la plantación, del abrazo acre de los peones embrutecidos por el alcohol y las privaciones. Antenor Rodríguez se perdió para siempre y solo le quedó a ella el regusto salvaje del licor.

Oscuramente presentía una amenaza en el abrazo de los peones. Todos estaban llenos de pústulas. Sin embargo, sumida en el torbellino del alcohol, miró con indiferencia como el cuerpo se le cubrió de escoriaciones repugnantes. Hasta que un día, vencida por la fiebre, fué trasladada al Hospital y quedó sometida a un largo y doloroso proceso de curación. Cuando salió, recogió a Anselmo y regresó a rehacer el rancho podrido. Allí vivieron años, años . . .

* * *

—Mama, ya está listo el puerco.

Devuelta a la realidad, sale Ino del cuarto, todavía con el sabor amargo de los recuerdos. El aguacero estalla en la selva y el rastrojo. Anselmo mira con aprensión los ojos turbios de la madre. Lleno de disgusto se lamenta de la lluvia. Rita amasa el pan para los invitados. Llueve todo el día. De atardecida, linternas y faroles desembocan por los caminos anegados. El baile se enciende. Un olor acre sale de las axilas de los mulatos.

El fuego del guarapo levanta el alarido del acordeón, la violencia del tambor pariendo golpes bajo los dedos de un negro ebrio.

Sentada en un rincón apartado Ino contempla la marea salvaje de la gente. Algo turbador atrae su mirada. Rita baila pegada a Anselmo. Una

JOSE MARIA SANCHEZ B.

venta sucia, atada en una de las piernas de la muchacha denuncia la presencia de una úlcera. Cerrando los ojos evoca la visión tremenda del hospital. Dando traspiés Ino se para y entra al cuarto. Una llamarada de locura le arde en las sienas.

Desde la puerta de la habitación llama a la chola. Hacinados en el piso, duermen los rorros de las mulatas que bailan. Rita se acerca. Acercando el rostro, desfigurado por la embriaguez, increpa a la chola:

—Perra podrida!

Una navaja barbera pasa como un relámpago sobre el vientre de Rita. El estruendo del acordeón apaga el alarido de la chola y el brillo maligno del acero continúa abriendo surcos de muerte en la carne morena. Anselmo aparece en la puerta. Con un grito de niño, igual que antaño, llama:

—Mama!

Por los oscuros caminos del monte y de la lluvia se alejan, espantados, las linternas y los faroles. Sólo gime el viento en las cañazas del pantano. Llueve de nuevo el cielo triste de invierno. Angustiado, desamparado, Anselmo repite con el mismo tono de antes, de siempre:

—Mama

1945.

EMBRUJO DE NAVIDAD

(Primer premio del Concurso del Cuento de Navidad de "La Estrella de Panamá" — Año de 1947)



“Los hombres perecen porque son incapaces de unir el principio con el fin”.

Almeón de Crotona

Fragmento número 2.

—Hoy, a tantos años de distancia, hermano, estoy lleno de alegría, vuelvo a sentir en esta Navidad, como en las anteriores, el deseo de invocar el sentimiento de gratitud que me inspira el aniversario.

Sube, en intensidad, la fiesta. La ciudad ha desembocado en la avenida central, en los bares brillantemente iluminados. Los dos amigos, toman, conversan en voz baja. El otro contempla con ojos de interés a su compañero y dice:

Estoy sorprendido, Claudio. Has sido siempre tan reservado en tus cosas, que esa euforia y esa manifestación deben forzosamente de esconder un secreto muy personal, ligado, en alguna forma, al sentido de la Navidad. Cómo es tu Navidad, hermano? La mía es apenas recuento, presencia del pasado. Por eso siento en esta noche la atracción del alcohol. No debiera ser así. Tú sabes que ten-

go un hogar y mis hijos, mi mujer, me esperan en casa. Lo que pasa es que estoy repleto de nostalgia y de cosas irreparables.

—No, hermano. Tu Navidad tiene el mismo sentido de mi Navidad, de la de todo el mundo. Es una fiesta del recuerdo y es por eso que perdura. Todos estamos llenos de recuerdos. Frente a ellos nos queda, desgraciadamente, la realidad más o menos sórdida del presente. Hace muchos años localicé el verdadero sentido de la Navidad y desde entonces amo su liturgia encantadora, su mecanismo de ensueño. En un día como hoy burlé una trampa del destino y me encontré a mí mismo. Te voy a relatar, hermano, una aventura extraordinaria. Parece mentira, pero en ella está, concretamente, la historia de mi Navidad:

Piensa en un muchacho de veintitrés años. Acaba de desembarcar en su pueblo natal, una pequeña ciudad marina. Hace muchos años se alejó camino de una Universidad de Suramérica. Después del saludo conmovido de sus padres, en el muelle diminuto, sale a la calle y recupera de golpe la visión amada del pueblo. Las mismas palmeras, el mismo rumor del mar que sube los tambos hasta llenar de irrealidad el interior de las casas. Luego, al final de la calle, la casona familiar, un poco más vieja, imagen de amor y de recuerdo. Despacio sube la escalera y es como si penetrara de súbito en el pasado. El olor indescriptible de las casas viejas le invade como un perfume largamente deseado y en los dormitorios las cortinas de cretona se agitan con la apacible, invariable brisa del mar.

Sus padres le rodean acosándole a preguntas y él comienza a revivir en tono bajo su historia de

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

estudiante. Poca cosa, en verdad. Solamente aquellos años largos de espera, de tensión, prisionero de la disciplina de los estudios. La nostalgia que se le infiltraba como un veneno de efectos muy lentos, ahogándolo en la contemplación del mundo interior. Contó de las noches inacabables revisando recuerdos queridos. El pueblo con su paisaje, el mar, el color inolvidable del cielo, la llovizna lagrimeando en el techo de la casona. Visiones y emociones de la infancia, esa fuente inagotable que nutre a la nostalgia y que hace más abrumadora la sensación de la distancia.

El padre, de cabello salpicado de mechones grises y de aspecto bondadoso, con voz profunda de barítono habló después del hijo, expresando su satisfacción por la feliz culminación de los estudios, invitándole a que reposara en el poblado por unos meses hasta que hiciera planes definitivos para el porvenir. La voz amada del padre se deslizaba con una suavidad de río manso. Igual que en la infancia, el muchacho sintió que ella recobraba de pronto la facultad de calmar sus oscuras aprensiones.

Temor? Aprensiones? El hijo escuchaba al padre sin hacer un análisis de las palabras que decía. En ese momento tenía validez únicamente el rumor magnífico de la voz que penetraba como un sedante en la caja del cerebro, y todas las visiones y confusos sentimientos inspirados por el regreso y la obligación de enfrentarse al porvenir, se deshacían bajo su influjo benéfico. Ahora, como en la niñez, acudía un miedo subterráneo sin manifestaciones muy precisas, que nacía sin embargo de presentimientos muy sombríos, de deseos muy profundos.

JOSE MARIA SANCHEZ B.

Durante los primeros días el muchacho no se cansaba de recorrer los anchos corredores de madera, las estancias numerosas de la casona. En una de esas correrías se tropezó con la escalera que subía al attillo, teatro de los mejores momentos de su pasado. Comenzó a subir, renovando una emoción antigua. La compuerta le obligó a un esfuerzo violento y al ceder le devolvió un mundo disuelto por los años de ausencia. Viejos juguetes inutilizados, un retrato descolorido de su niñez con una inscripción de manos de su madre. Leyó sonriendo: "Claudio, ocho años". Y sobre todo, libros, muchos libros de aventuras, de grueso y esponjoso papel, cubiertos de polvo. Sentado sobre un baúl pensó largamente en el pasado, en el presente, hasta sentir que aquellos años de ausencia pesaban como un paréntesis despiadado. Atrás quedó el mundo encantado de la infancia, los héroes de la literatura infantil, la ternura de la inmensa casona repleta de crujidos y recuerdos. Ahora, ligado fatalmente al presente, el porvenir, esa palabra oscura que era el resumen de toda su perplejidad.

Pasaban los días con una celeridad que sorprendía al recién llegado. Era a veces el sol el que relumbraba esplendoroso sobre el mar, de una transparencia que producía vértigos. En aquel abismo de cristal azulado se reflejaban las nubes del cielo, nadaban peces veloces, anguilas de vientre plateado. Sin embargo, había días de un sombrío color gris, y la superficie de la bahía se enfurecía ante las ráfagas del viento del Sur, cargado de agua, gritando en los penachos de las palmeras.

Frente al viento del Sur la piel se erizaba y los nervios vibraban al compás de su mensaje impre-

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

sionante. Claudio abandonaba el abrigo de la casona, obedeciendo a un conjuro helado, y caminaba las calles de la pequeña ciudad, dándole cara al viento y la lluvia, rebosante de palabras de violencia. El viento las recogía, las disparaba junto al vuelo vacilante de los pájaros marinos.

Regresaba el sol y se desvanecía en la distancia el rumor en fuga del viento del Sur. Era desgraciadamente muy pequeña la tregua y la inquietud volvía a hervir como una marea. En vano la madre lo contemplaba con sus húmedos ojos de miope, hablándole en un tono que le partía el corazón. Las raíces de su lucha interior estaban afincadas en cosas que la vida de la pequeña ciudad marina entremezclaban y desdibujaban, vinculándolo a la infancia y a una vocación antigua. El misterio del altillo, lleno de libros, de cosas viejas, lo ubicó repentinamente frente a la dimensión secreta de su sensibilidad y sólo quedó una salida: la creación literaria.

Pasaba el tiempo y la angustia crecía. Los padres del muchacho lo miraban a hurtadillas, dolidos de su extraña actitud, como si el hijo se abocara a un peligro desconocido. Hasta que llegó el incidente que habría de colmar el vaso repleto del pecho.

* * *

Paseaba Claudio con frecuencia por el pueblo y sus afueras a altas horas de la noche. Las calles, sumergidas en la luz fantasmal de la luna, con sus casas viejas, el mar, la costa, las palmeras, eran fuente de un regusto muy personal. Además había una difusa y misteriosa correlación en el tono

JOSE MARIA SANCHEZ B.

gris de la noche marina y su estado de ánimo. En uno de aquellos paseos encontró a una mujer. Desde ese momento el panorama del pueblo cambió para Claudio, sintiéndose caer hacia un espacio sin dimensión que encerraba únicamente frases de súplica, palabras de ebriedad.

La naturaleza del primer encuentro quedó envuelta en un clima de penumbra lunar. Ahora, por razón del largo tiempo transcurrido, se podría analizar con mayor imparcialidad la presencia de Clarisa, su breve y apasionada existencia en el mundo físico. Pero forzosamente hay que llegar a la conclusión de que el primer indicio de su proximidad estuvo determinado por el descubrimiento de la casa reparada y recién pintada, allá en lo más profundo de un patio oscuro.

Lo de la casa fué insólito. Situada en una de las calles más apartadas, desde que Claudio era un niño, había llamado poderosamente su atención. Abandonada siempre, sirvió indistintamente de cuartel de soldados, de buque pirata, de selva plagada de peligrosos salvajes para la chiquillería. Aquel sitio era eje y centro de toda la vida infantil del poblado. Además, nunca se supo que la casa tuviera propietario.

Claudio, embargado por la curiosidad, trató de obtener algún dato concreto sobre la casa reconstruída y sus misteriosos moradores. Nadie supo darle el menor indicio que le permitiera aclarar el enigma. Salía sólo de noche y recorría de arriba a bajo la calleja observando la casa. Daba una impresión de huraño hermetismo, siempre cerrada y lejana, sin que de su estructura salieran resquicios de luz, o, siquiera, rumor de conversaciones.

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

Más adelante llegó el encuentro propiamente dicho, con ocasión de uno de sus largos paseos en las afueras del pueblo.

Sentada en el tronco de una palmera, muy lejos de las últimas casas, estaba sumida en la contemplación del mar. Su traje blanco, resaltando sobre un marco de rocas, le produjo una impresión parecida al miedo. Despacio se acercó y saludó en voz alta:

—Buenas noches.

No pareció demostrar inquietud por la presencia de Claudio. La sombra de las rocas escondió su rostro a la mirada ávida del muchacho que, dominado por una emoción desconocida, se aproximó. Bajo el retumbo acompasado de las olas conversaron apaciblemente.

Casi de madrugada la mujer manifestó deseo de regresar. Dejando la sombra protectora de las rocas se paró frente a la luna y Claudio tuvo oportunidad de contemplar sus ojos. Eran verdes y lo miraban quemando un fuego estremecedor, de apasionada intensidad.

Cuando la mujer se detuvo frente a la casa misteriosa, Claudio no experimentó extrañeza. Casi que lo esperaba. Se despidió en voz baja, perdiéndose en la penumbra de los árboles. Recordando algo, llamó el muchacho:

—Oiga!

La mujer regresó. Mirando con inquietud hacia la casa sumida en la oscuridad, contestó a la pregunta de él:

—Me llamó Clarisa.

JOSE MARIA SANCHEZ B.

Sin ruido se fué. En vano esperó Claudio en la calle con la esperanza de sentir ruidos o luces en la casa. Nada ocurrió. Un silencio y una oscuridad ominosos le hicieron alejarse con los vellos de la nuca ligeramente erizados.

* * *

A partir del primer encuentro, se siguieron viendo casi todas las noches. De lejos, en la calle pobremente iluminada, Claudio distinguía su figura indecisa, esperándolo invariablemente. Sin embargo aquella mujer estaba llena de silencios, defendiendo obstinadamente el secreto de su existencia, y con él, el misterio de su llegada al humilde poblado. Una noche, apremiada por las preguntas del muchacho, habló un poco de su vida.

Obedeciendo a mil impulsos contradictorios, había iniciado desde hacía años un largo peregrinaje. Frente al paisaje deslumbrante del poblado con su bahía, sus islas, se sintió cerca de una meta de paz, deseada y presentida desde los años de su adolescencia. La humilde ciudad marina poseía un aire bello de cementerio, claramente dibujado en la arquitectura agonizante de sus casas. Esa luna cargada de fantasmas y de sombras, bajo el cielo tachonado de estrellas, parecía el fanal mortuario de un inmenso funeral en que oficiaba la voz ronca de los caracoles y los peñascos batidos por las olas. Ese siniestro, terrible viento del Sur, era la voz del mar que rezumaba amenazas. El pueblecito, era escenario extraordinario que resumía el fenómeno curioso de un presente lleno de brumas, de una actualidad dudosa y poética que se confundía con el pasado.

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

Clarisa había pasado los treinta años. Quizás de ese solo hecho prevenía la atracción irresistible que ejercía sobre la juventud de Claudio. Alta, de cuerpo delgado y largas piernas, era de una belleza un poco desmayada, curiosa impresión que produce a veces la naturaleza linfática de ciertas mujeres. Con el tiempo dieron en la costumbre de dar largos paseos en canoa, siempre de noche, condición que anteponía la mujer, como si temiera a la luz del día o pretendiera esconderse de una amenaza que Claudio sentía brotar como un hálito siniestro de la casa cerrada. Una noche de luna, sentados frente al mar en un islote deshabitado, la mujer, acercando los labios, le besó la frente y dijo una palabra:

—Predestinado!

De momento Claudio no alcanzó el sentido subterráneo e inquietante de la palabra. Con ojos entrecerrados, de cara al cielo, seguía el balanceo de un cocotero mecido por la brisa. La palabra lanzada flotaba a la deriva en el cerebro de Claudio, acercándose con lentitud hacia la total comprensión, llevando en su oscuro sentido una oleada de sorpresa y de temor. Repentinamente consciente, levantó la cabeza y miró de hito en hito los ojos verdes de Clarisa. Preocupado, inquirió sobre el significado de la palabra. En vano fué que se irritara con la actitud hierática de ella, encerrada en un mutismo que la transportaba a una distancia vertiginosa de él, del islote solitario, del suave balanceo de la palmera. Regresaron en silencio a la ciudad. De lejos guiñaban los focos eléctricos en las aguas aceitosas de la bahía.

JOSE MARIA SANCHEZ B.

Diciembre se revelaba en el tono gris del mar. Casi todos los días una llovizna helada lagrimeaba en la casona, en el poblado, terminando con los paseos nocturnos. Además el muchacho se sentía ganado por un deseo de soledad. Desde la noche en que Clarisa dijo aquella palabra absurda, se esforzaba por rehuir su compañía. La pasión de Claudio entraba en otra etapa extraña, llena de reservas, que alentaba a todas horas una sorda inquietud.

Estando ya muy próxima la Navidad, un cielo y una luna maravillosamente limpios, alumbraron la noche del poblado y Claudio se plegó al deseo de renovar en compañía de Clarisa el redescubrimiento del paisaje. Dirigió sus pasos hacia la apartada calleja. Con sorpresa se puso a contemplar la casa. Parecía haber envejecido de pronto, como si la pintura hubiese sido lavada por la lluvia frecuente de aquellos días. Llamó repetidas veces con el corazón oprimido. Entre las sombras densas de los árboles distinguió la silueta esbelta de Clarisa, que acudía a su llamado.

—Clarisa, la casa, por qué está más oscura esta noche?

Clarisa volvió el rostro hacia el patio. Claudio siguió su mirada. La casa relumbraba bajo la luz de la luna, blanca, remozada.

Luego, en plena bahía, con un sentimiento de irritación reconoció Claudio que la sola proximidad de la mujer le hacía experimentar una sensación de intensa felicidad, comparable a una marejada tónica que le invadiera el tórax y los brazos curvados sobre los remos.

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

A eso de media noche una brisa desapacible encrespó la superficie tranquila de la bahía. Densos nubarrones se precipitaron desde la línea del horizonte, corriendo bajos, veloces. La noche se cerró, las olas comenzaron a crecer de tamaño, una fosforescencia lívida en el mar anunciaba la proximidad de un violento temporal. Claudio enderezó la canoa hacia una isla cercana. La lluvia cayó de golpe, vaciando el cielo rasgado de relámpagos. Se varó la canoa en una playa. Estrechamente abrazados subieron una pendiente y divisaron una choza. Claudio reconoció el sitio. Era la vivienda de Jonatás, viejo pescador casi ciego que vivía en huraña soledad en una isla del archipiélago. Su cara vieja, alumbrada por la menguada luz de un candil, se arrugó en una sonrisa de bienvenida cuando Claudio musitó su nombre. Clarisa, llena de horror se estremeció al mirar los ojos de Jonatás, cubiertos de frías cataratas. La mirada del pobre viejo tenía una calidad de agua cenagosa, de pantano de la selva.

El viento huracanado inclinaba la cabeza de las palmeras. Cerca de la choza, el mar bramaba en las rocas de la playa, como si el demonio de la tempestad hubiese roto la barrera del archipiélago. Claudio y Clarisa, impresionados, miraban de cerca al viejo pescador acurrucado sobre unas redes inservibles, sonriéndole a la noche. Su cabeza de gárgola se mecía frente a los elementos desatados, perdida en un monólogo de pesadilla. Parecía bras misteriosas brotaban de sus labios. Parecía que la tempestad despertara en su interior el eco de conversaciones antiquísimas, de fantasmas y naufragios perdidos en la noche del tiempo. Su rostro

JOSE MARIA SANCHEZ B.

de leyenda se hundía ante la mirada asombrada de los amantes en un trance brumoso. Fué entonces que ella habló. La historia de su vida creció en la violencia de la tempestad:

Nacida en un pueblecito de Suramérica, vivió los años primeros de su vida sujeta a la férula de unos padres que le amaban y que trataban de complacerla hasta en sus menores deseos, pero que se movían asfixiados por los prejuicios de un ambiente pequeño-burgués. Algún tiempo después se trasladaron a la capital, encontrando también en la gran ciudad, las mismas manifestaciones de mezquindad espiritual y de hipocrecía colectiva. Entonces inició sus estudios superiores, dominada de un ardor indecible. "Claudio, es preciso que comprendas. Sé que en otra forma mucho más profunda, extra-intelectual, extra-racional, comprenderás. Lanzada sobre el mundo, ávida de saber, el mundo me golpeó. Todas las cosas grandes y chicas del Universo, las vidas angustiadas de mis prójimos, se abocan sobre mi ser, amenazando mi propia intimidad, desintegrándome. El goce que las expresiones del arte y del conocimiento me produjeron, las regiones vaporosas que habité cuando recurrí al recurso desesperado de la narcosis, me fueron arrebatados por la fruslería y la incompreensión que me rodeaban como una niebla sofocante. Fué en vano que me refugiara en la soledad. Aún allí, en ese recinto íntimo, me llegaban las sugerencias del mundo exterior. Después los viajes que realicé al comprobar el fracaso de mi soledad, la visión de los paisajes siempre renovados, los abismales placeres del lecho, comprendía que los disfrutaba a expensas de mí misma. Comencé a sentir voces, mensajes oscuros desde lo más profundo

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

del cerebro. Frente a las montañas, frente a los ríos y los mares nuevos, escuchaba una llamada de plomo, que me urgía a hundirme en la nada como una forma heroica de liberación. Era la invitación del abismo! Ese deseo ha guiado mis pasos a través de todos los climas y los paisajes. Frente a mi búsqueda ciega se abre ahora la aventura suprema. Tú formas parte de mi vida, Claudio, y si muero, morirás en mí. Lancémonos al abismo, Claudio”.

Claudio meditaba sobre el sentido de su propia búsqueda. Lleno de terror se sorprendió perdido en la trama de un razonamiento de locura. Es tan áspero el camino de la expresión personal! Se siente tan lejana la creación artística como realización de la conciencia que hace monólogos de noche, llena de recuerdos, de sentimientos confusos, mirando hacia el futuro y el pasado!

Empujado por un sentimiento de náusea profunda, formuló un pacto solemne de muerte. Ha cesado de llover y el cielo, lavado de nubes, está azulado por la luz de la luna y las estrellas. Despuntaba el alba cuando abandonaron la choza de Jonatás. Volviendo la cara, el muchacho miró una vez más la figura del viejo pescador dormido sobre las redes. La brisa apenas si rizaba las palmeras mojas.

* * *

Diciembre continuó nublado, envolviendo en la tristeza de su paisaje marino el mutismo cargado de adioses del muchacho. Crecía en él un sentimiento un tanto crispado de ternura para con los objetos de la casona y en particular sobre la madre y el padre. En forma disimulada inició el elabora-

JOSE MARIA SANCHEZ B.

do proceso de la despedida, empezando por el altillo. Frente al mundo de la infancia le llegó la sensación de un viento glacial, subiendo desde lo más escondido de los intestinos, anticipando en su vientre la emoción del vértigo supremo.

Llegó el 24 de Diciembre. Claudio rehusaba encontrarse con Clarisa. Esos días pertenecían por entero a su despedida, y aunque no se había precisado la fecha del suicidio, presentía que el próximo paseo nocturno daría oportunidad para que se realizara la determinación tremenda.

Anocheció aquel día y la madre de Claudio, atareada con los preparativos del festín de Noche Buena, estaba llena de una alegría que llenaba de violencia al muchacho. Un gran trajín se sentía en la cocina. La criadita, una indiecita de risa fácil, recorría la casona con la cara encendida por la perspectiva de la comilona.

Su padre lo llamó desde la cocina. Lleno de turbación refrenó el impulso de huir aterrorizado para la calle. La madre, con un gesto de travesura, le entregó una moneda. Confusamente comprendió que sus padres le habían dado un encargo para el chino.

—Azúcar refinado, el que viene en paquetes de cartón.

Asombrado se quedó un instante, dándole vueltas en la palma de la mano a la reluciente moneda. Rompió a reír y se alejó hacia las escaleras, con los ojos preñados de lágrimas.

En la calle Claudio caminó despacio. A lo lejos alguien silbaba una tonadilla pueril que le re-

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

cordó la niñez. Obedeciendo a una tentación absurda, comenzó a silbarla en tono bajito. Poco a poco aumentó de volumen, la silbó regocijado, con todas sus fuerzas, caminando de prisa y sorteando los charcos del malecón. Un recuerdo lo clavó en seco, haciéndolo rebuscar en los pliegues más remotos de la memoria. Había, sí, un ritual de maravilla, vinculado a la obligación de hacer encargos cuando chico. Aquello regresaba con lentitud, arrancándole una sonrisa. Ya está. Decidido, saltó diez veces sobre la pierna izquierda. Caminó tres pasos. Cambió a la derecha saltando otras diez veces. Corrió entonces con un pie en el borde la acera y el otro en el canal del alcantarillado. Cerca de la tienda iluminada, casi gritó:

—Tengo que practicar!

De nuevo en casa se sumergió con deleite en la conversación de los padres y la indiecita. Su padre, sin perder su simpática dignidad, le llamó a un cuarto vecino y sacando de un estante de cedro una botella y unos vasos de un juego desconocido, le brindó un trago. A hurtadillas leyó en el cristal del vaso una inscripción picaresca. Mientras brindaban en silencio un rubor idiota coloreó el rostro de Claudio. Después sonrió reconfortado, conmovido.

Regresó a sentarse sobre el primitivo banco de la cocina, escuchando sin fatiga la reposada conversación, sorprendido de experimentar interés por los hechos anodinos y corrientes que la provocaban. De manera inesperada el padre, al abandonar la habitación, le ordenó que acompañara a su madre a la iglesia. El muchacho, rabioso, comenzó a formu-

JOSE MARIA SANCHEZ B.

lar una protesta apasionada, pero la madre, en un tono dulce de reconvención, dijo sacando unas masas del horno:

—Date prisa que ya es tarde.

* * *

Brillaba la noche en todo su esplendor. Claudio caminaba al lado de su madre por las calles llenas de gente, camino de la iglesia. El coro, ya cercano, dejaba oír unos villancicos.

En el templo, el muchacho levantó la vista contemplando las naves engalanadas, turbado por el canto y el olor del incienso. Hincado sobre el altar, oficiaba el mismo sacerdote, un anciano de cabellos canos por quien sintiera gran cariño en su niñez. El peso de los años había hecho estragos en su pobre figura envejecida. De súbito experimentó el deseo de que el sacerdote se volviera y le saludara como antaño.

Aquel deseo vago comenzó a crecer en intensidad, a medida que el oficio avanzaba, hasta convertirse en una gran congoja. Su madre, llena de inquietud, le tomó una mano. En ese momento el sacerdote se dirigía al púlpito y Claudio crispó su mano. La mirada tranquila del viejo recorría las filas de los feligreses. Por un instante la posó en el rostro de Claudio. Sonrió al reconocer en el hombre de mirada llameante al chiquillo que años atrás llegaba con el corazón contrito a confesarle sus travesuras.

Claudio, radiante, sonrió a su madre. Un gran peso parecía haber caído de sus hombros. Sumergido en un clima de magia y de recuerdo, la vista

CUENTOS DE BOCAS DEL TORO

del anciano sacerdote le hizo razonar bajo el influjo de una lógica deformada por la presencia de emociones muy antiguas. Y es que en el deseo de ser reconocido por el buen viejo, y que su conciencia formuló con tanta avidez, había la esperanza secreta de que él descubriera en su cara su ansia de salvación. Ante ese hecho, que constituía en verdad un subterfugio monstruoso, creado por el terror de Claudio, el sacerdote asumía el papel de guardián del destino y le forzaría a tomar una determinación en consonancia con su renovado deseo de vivir, tal como en los tiempos de su niñez, en que el viejo se declaraba en capacidad de leer las travesuras y los pecados en el rostro asustado de la chiquillería. El anciano penetró su mirada sin sentir la presencia y proximidad de la muerte. Claudio se sintió de ganado por un sentimiento de gratitud para con el viejo sacerdote y el hálito de esperanza que llevaba consigo. Al día siguiente, hablaría con Clarisa, explicaría su cambio de determinación. Prisionero de la ceremonia religiosa, del ritual del festín de Navidad preparado con tanto amor por su madre, recuperó Claudio el sentido de la existencia que es, siempre, lucha interior, agonía, y también esperanza.

En la puerta de la iglesia los esperaba su padre. A su lado estaba el anciano sacerdote, sonriente, efusivo. Tomándole las dos manos le dijo:

—Felices Pascuas, hijo.

* * *

Claudio suspendió el relato y el otro, lleno de curiosidad, preguntó:

—Y Clarisa, qué fué de ella?

JOSE MARIA SANCHEZ B.

—Ahora viene lo extraordinario, lo verdaderamente increíble de aquella aventura. Al día siguiente fuí a verla. Un sol espléndido alumbraba la calleja y confieso que a medida que me acercaba a la casa misteriosa, experimentaba una sensación de malestar, preocupado por el probable aspecto que tendría la casa sin que estuvieran de por medio la luna y la noche. Llegado frente a la verja, el terror me dejó paralizado. Aquella casa era símbolo de la ruina más definitiva, en sus paredes podridas la madera tenía impresa la huella inconfundible del abandono y la soledad. En aquella casa no vivía nadie!

INDICE

	Páginas
José M. Sánchez B. y el Cuento Regional	IX
Nada	1
Sibube, el Indio Enamorado	7
Cuso	19
Claroscuro de Bananal	31
El Monteador	41
El Llanto de la Víbora	49
La Muerte de Nicanor	59
Pueblo-Puerto	69
Ino	93
Embrujo de Navidad	107



★
Se terminó la
impresión de este
libro, en tiraje de 1,000
ejemplares, el día 15 de Junio
de 1948, en los talleres
de la Imprenta
Nacional.

★

